
3 1761 09546618 1

# LOS GRANDES ESPAÑOLES

VOLUMEN I

LUIS ANTÓN DEL OLMET
Y
ARTURO GARCÍA CARRAFFA

(LOS GRANDES ESPAÑOLES)

# GALDÓS

EL INSIGNE LITERATO, CUENTA SU VIDA, ENUMERA SUS TRIUNFOS, RECORRE TODA SU OBRA LITERARIA, EXPRESA SUS IDEAS POLÍTICAS Y RELIGIOSAS, SE ASOMA AL PÚBLICO CONTANDO SUS INTIMIDADES, HACE UNA SÍNTESIS TOTAL DE SU EXISTENCIA GLORIOSA



MADRID
IMPRENTA DE "ALREDEDOR DEL MUNDO"
Calle de los Caños, núm. 4
1912





# NUESTRO PROPÓSITO

*Tenemos la pretensión de hacer unos libros interesantes. Y cuenta, lector, con nuestra modestia por adelantado. Serán interesantes porque no serán nuestros, es decir, de nosotros, sino de las grandes personalidades que al través de sus páginas irán apareciendo.*

*Nos proponemos, al comenzar esta Biblioteca, dejar en libros compendiosos las vidas complejas, amenísimas, curiosas, ejemplares, de aquellos españoles insignes que tuvimos la fortuna de conocer y admirar en nuestra juventud, y que si hoy son ya célebres, mañana serán inmortales.*

*¿Por qué lo hacemos? Nos parece suplir con esta empresa, no por más ardua menos hermosa, una necesidad para el presente y para el futuro.*

*Las vidas de los grandes literatos, de los grandes políticos, de los grandes científicos, de los*

*grandes artistas, de cuantos, en suma, adquieren con su extraordinaria inteligencia, gran relieve, gran prestigio, son vidas que deben conocerse. Pertenecen al público. Son, además de interesantes, maestras. Dejan siempre, con el recreo de conocerlas en su íntima trabazón, una gran enseñanza.*

*Y si esto es hoy, en que viven todavía esos grandes ingenios, ¿qué será mañana, cuando la muerte haya puesto el sigilo en las bocas ilustres, y la inercia en las insignes manos?*

*Muchas veces hemos pensado en que si algún humilde contemporáneo de Cervantes, de Quevedo, de Zurbarán, hasta de Goya, hubiera escrito un libro como éste que hoy escribimos nosotros ¡qué valor no tendría ese libro ahora, entre nuestras manos!, ¡qué fuerza plástica, enorme, absoluta, adquiriría para trazar la historia documentada, sincera y amplia del biografiado!*

*Nosotros hemos querido ser esos hombres modestos y humildes, que tracen las vidas de los grandes hombres que vivieron en nuestro tiempo. La idea es audaz, pero como audaz, bella, útil, y sobre todo, honrada. La gente de hoy, aspiramos á que la mire con simpatía. La de mañana, con amor. Es algo quizás gigantesco, muy difícil, muy obscuro, pero muy eficaz. Dios ponga tiento en nuestras manos, y acierto en nuestra empresa.*

*Nosotros, al emprender la obra que hoy pone sus cimientos, y que ha de proseguir acelerada-*

*mente, con toda la celeridad que sea compatible con la exactitud y la perfección, nos sentimos contentos, no de nosotros, que bien poco valemos, sino de la magnitud esplendente del ideal. Creemos que, apartándonos, arrumbándonos, trabajando sólo en aras de un afán tan noble, procurando describir al insigne biografiado con toda su verdad, con sus detalles más nimios, hacemos arte, y algo más que arte, historia, vida...*

*Lector, en nombre de la Patria y de la Gloria, por las que tomamos sobre nuestros débiles hombros tan grande empresa, ¡ayúdanos!*





# GALDÓS

No queremos apuntar nada por cuenta propia. No tratamos de perjeñar osados ni estériles juicios críticos.

Tratamos únicamente de hacer historia, una historia completa, detallada, oída con religioso silencio, de unos egregios labios. Nosotros hemos visto á Galdós. Galdós ha tenido la generosidad enorme de achicarse, de reducirse ante nosotros, para contarnos, bondadoso, los detalles de su gloriosa vida. Escúchala con reconcentrado espíritu, lector. Habla el más fecundo, el más complejo, el más idealista de nuestros grandes escritores. Sea para su persona insigne todo el valor que pueda tener este libro.



# CAPITULO PRIMERO

## VAMOS A CASA DE DON BENITO

**Impresión primera.—Al día siguiente somos recibidos por el gran escritor.—Bondadoso, accede á nuestra demanda.—Mañana les aguardo.**

Mediaba la tarde de un día nebuloso, cuando decidimos consumar nuestra idea yendo á visitar en su domicilio á D. Benito Pérez Galdós.

Pero, ¿dónde vivía el ilustre hombre? Sabíamos que se había mudado de su tan conocida mansión de la calle de Alberto Aguilera, hasta donde le acompañó muchas veces el aplauso popular á la salida tumultuosa de algún estreno célebre. Pero, ¿dónde se había mudado D. Benito?

Un ujier del Congreso nos sacó de dudas á

medias. El diputado á Cortes por Madrid, don Benito Pérez Galdós, vivía en la calle de Hilarión Eslava, número 5.

Nuestra perplejidad fué grande. Era una calle ignota para nosotros. Inquirimos sin resultado. Por fin tuvimos una idea colosal. Y nos acercamos en la Carrera de San Jerónimo á un cochero de punto, que dormitaba sobre su pescante.

—Oiga, buen amigo, ¿sabe usted dónde vive Galdós?

El cochero sonrió jubiloso, como si al escuchar aquel nombre hubiera escuchado una cosa muy suya, muy admirada:

—¡Ya lo creo que lo sé! ¡Como que llevo á D. Benito muchas tardes al volver del Congreso!

Nos dió las señas y nos alejamos satisfechos de la idea. ¿Cómo no se nos habría ocurrido antes consultarle al pueblo? El pueblo ama á Galdós. Es el literato moderno más adorado del gentío, en cuyo espíritu sano y sincero tiene metidas hondísimas raíces.

Subimos á un tranvía en la Puerta del Sol, recorrimos toda la calle de la Princesa, y al llegar al barrio de Argüelles, ya en su extremo, vimos una calle recién trazada, y un hotel muy bonito, de traza original y atrayente. Un hombre cualquiera á quien le preguntamos, nos dijo que aquella era la calle, y aquella la casa.

A los pocos instantes estábamos frente á una mansión encantadora. Allí no podía vivir sino un

refinado y grande hombre, grande de verdad, grande en absoluto.

Una tapia de ladrillo, una puertecita verde, una pincelada campesina enmedio de la garrulería y del lujo cortesanos. Sobre las tapias veíamos el contorno de una casa sencilla y confortable, con detalles acusadores de prolijo estudio y de refinada erudición arquitectónica. Era una casa construída con el deseo de hacer algo sencillo, pero elegante, humilde, pero grandioso, digno de ser habitado por un genio.

Oprimimos un timbre. Nuestros corazones temblaban un poco. Salió una criada vulgar, como son todas las criadas.

—¿El Sr. Galdós?

—No está en casa.

—¿Podríamos hablar con su secretario?

—Pasen ustedes.

Atravesamos un jardincito, incipiente aún, pasamos una puerta forrada de bronce, originalísima, y llegamos á un gran vestíbulo puesto sin demasiado lujo, pero con sólida elegancia. En un armario columbramos un retrato de D. Antonio Maura, dedicado muy expresivamente. Minutos más tarde, D. Pablo Nougués, el joven escritor y secretario del insigne literato, nos hacía pasar, hacia la izquierda, hasta el despacho.

Expusimos nuestro deseo. Nougués respondió:

—D. Benito ha salido en coche á dar un paseo. Ignoro cuándo vendrá.

—Entonces hágale usted presente nuestros respetos, y dígale que mañana, á las siete de la tarde, volveremos.

Y volvimos al día siguiente. Jamás olvidaremos la escena.

Sin antesalas, francamente, fuimos pasados á la presencia de Galdós.

Era en el despacho.

Había una luz débil. D. Benito estaba sepultado cómodamente en una gran butaca, tenía cubiertas las piernas con una manta recia; sobre sus nobles ojos escrutadores, que supieron ver en las almas, y en el fondo de todas las cosas, la medicina había colocado unas gafas obscuras. Las facciones expresivas, inteligentes, del insigne novelador, suplían la deficiencia visual. Sus manos blancas, salpicadas por pecas menudas, esas manos admirables que, puestas al servicio de un cerebro gigante, levantaron obra tan ciclópea, reposaban, un poco lánguidas, sobre los brazos del asiento. D. Benito quiso levantarse. Lo impedimos con celeridad, y sentados frente al grande hombre, le hablamos:

—Queremos hacer, D. Benito, un libro completo, documentado, acerca de su vida. Lo queremos hacer por patriotismo, por amor á la raza, para que no quede inadvertida ó desvirtuada la vida íntima de uno de los españoles más gloriosos que honraron su tierra.

Galdós sonrió menudamente:

—Si valgo tan poco... ¿Creen ustedes que mi vida puede tener interés alguno? Es tan insignificante...

D. Benito fumaba un cigarro. A veces la estancia se llenaba de humo, y la cabeza insigne se desvanecía ocultada por las nubecillas azules.

No venía de la calle silenciosa el menor ruido. La casa estaba también muda. A nosotros, la emoción del momento nos tenía medio asombrados, medio cohibidos.

—Es necesario, D. Benito, hacer esa obra. Deje usted aparte modestias. La personalidad inmensa de Galdós no cabe discutirla. Y nosotros juzgamos un deber escribir, humildes, sin pretensiones, pero enamorados de la idea, lo que usted no ha contado en sus libros, lo que escapa á la literatura, lo que tanto gusta saber al público contemporáneo, y, sobre todo, al público venidero. Si los insignes literatos antiguos hubieran tenido unos comentaristas tan vulgares como nosotros, pero que hubieran dejado unas largas y sinceras páginas acerca del admirado grande hombre, ¡qué servicio habrían prestado á la historia!

D. Benito tardó algo en contestar. Luego subióse las gafas, y abriendo sus pobres ojos sin luz, víctimas de seniles cataratas, nos miró intensamente, penetrante, inquisitivo, terrible, en una mirada llena de anhelo. Temblábamos de viva emoción. Fué un momento que jamás olvidaremos, jamás, jamás...

Al fin dejóse oir la voz del español insigne, diciendo, rendida:

—Bien, sea lo que ustedes quieran. Vengan cuando gusten y haremos ese libro.

La alegría retozó en nuestros semblantes. A no impedirlo el respeto, hubiéramos abrazado á Galdós con toda nuestra alma, como á un padre, como á un genio, como á un bienhechor.

Nos despedimos.

—Entonces, ¿cuándo venimos por aquí?

—Mañana si quieren ustedes. Yo desde las siete estoy levantado. Pero no les digo que vengan tan madrugadores. Los muchachos trasnochan mucho. Vengan ustedes á las diez y media.

Y afable, se levantó para despedirnos, pese á nuestras súplicas. Y al levantarse, experimentamos una sensación inaudita. Mientras Galdós estuvo sentado, envuelto en su manta, derrumbado en su asiento, era para nosotros el grande hombre ya viejo, aureolado por mil prestigios, incluso el de la ancianidad, una ruinosa ancianidad un poco triste. Era el genio en reposo. Pero al erguirse, tan alto, tan fuerte, tan gallardo, tan altivo, descollando su señoril cabeza sobre los hombros recios, nos dió sensación de torre, de fortaleza, de algo inmenso, aplastante. Fué un rejuvenecimiento súbito. Sus ojos tornaron á mirar con fuerza, su mano, antes caída con desmayo tenue, apretó las nuestras, poderosa. ¡Oh, era Galdós, el gran Galdós, el fuerte Galdós, el guiador excelso

de muchedumbres, quien estaba delante de nosotros!

Hasta la puerta misma vino haciéndonos cortesía. Salimos. Y al pisar la calle sentimos algo muy extraño y muy hondo, algo que era orgullo, gratitud, júbilo...

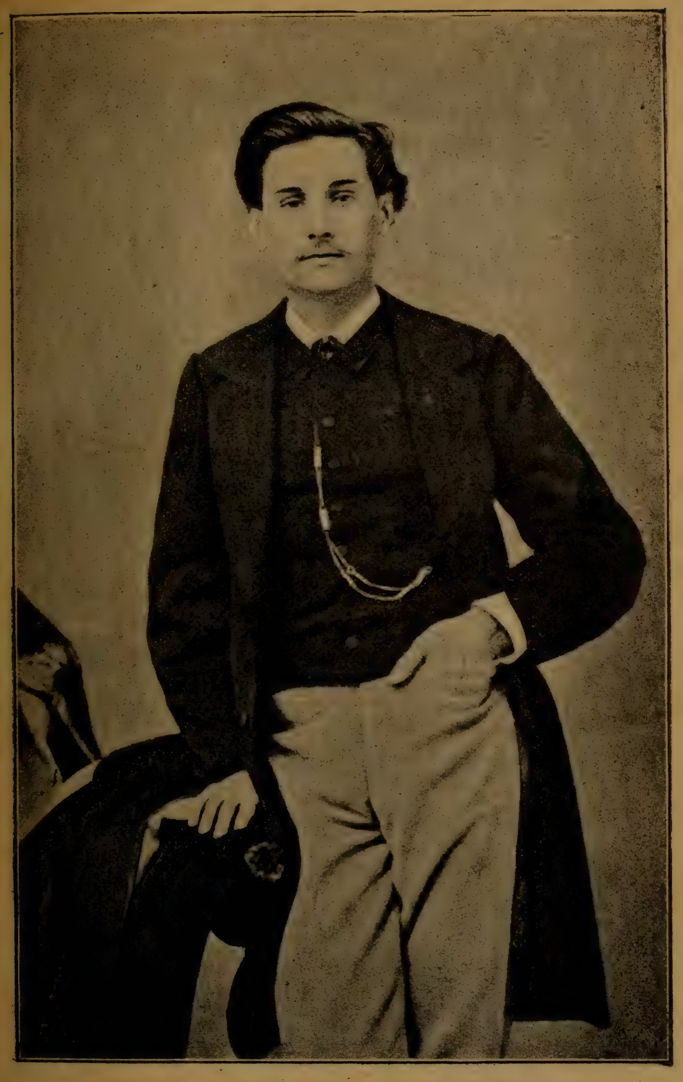
Madrid estaba más alegre que nunca. Sentíamos ganas de correr, de gritar.

Si alguien nos hubiera preguntado de dónde veníamos, hubiéramos contestado á voces:

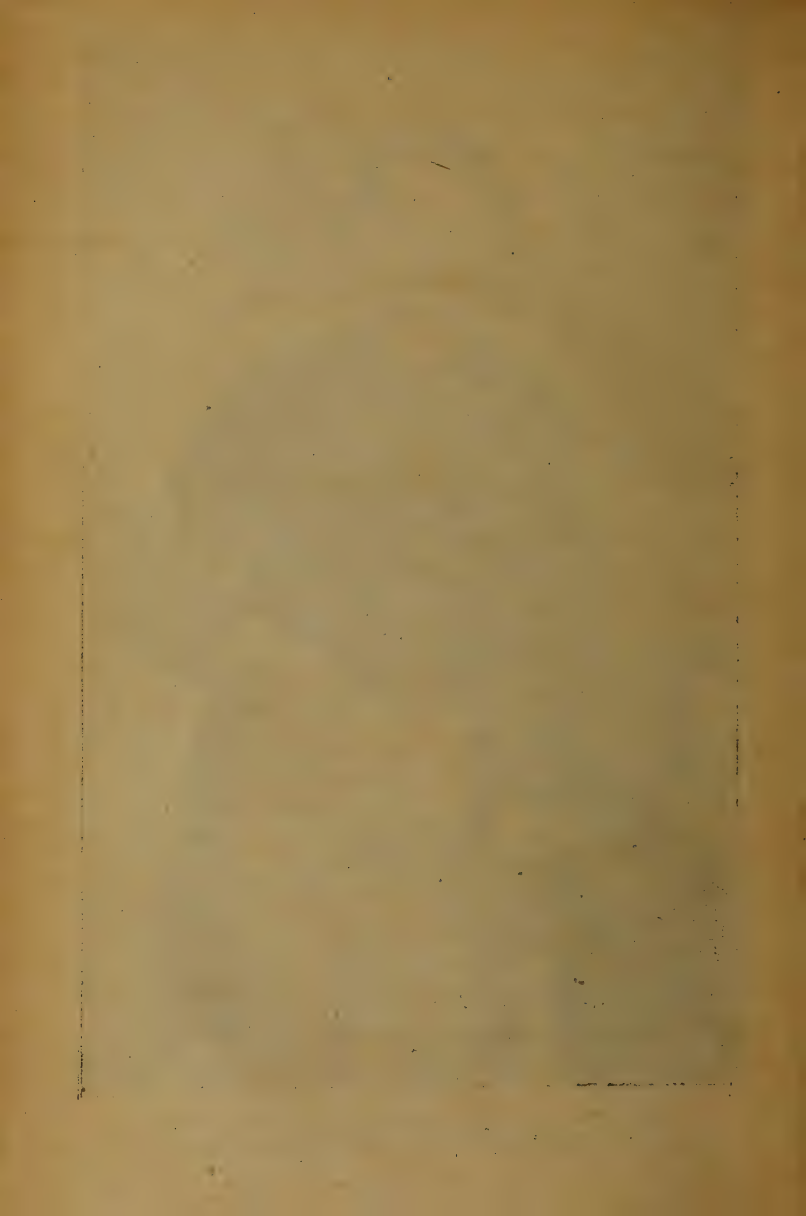
—¡Venimos de ver á Galdós, de hablar con Galdós, de sentir á Galdós, de amar á Galdós...!







RETRATO DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS RECIÉN LLEGADO
Á MADRID CUANDO TENÍA UNOS VEINTE AÑOS





## CAPITULO II

---

### COMIENZA LA TAREA

**A la hora en punto.—Nuestra labor, nueva, original.— Empezamos á oir...**

Llegó el viernes 16 de Febrero, día que habíamos señalado, de acuerdo con D. Benito Pérez Galdós, para dar comienzo á nuestro trabajo biográfico.

El insigne autor de los *Episodios Nacionales* nos tenía citados para las diez y media de la mañana, y esta hora significaba otro rasgo de su exquisita bondad, pues habíala elegido para comodidad nuestra, convencido de la resistencia que oponen á madrugar los madrileños.

El, en cambio, á las ocho hubiera ya podido recibirnos, que antes de esa hora está en actividad su portentosa inteligencia.

A una noche de niebla tupida siguió una alegre mañana de sol, una de esas mañanas que, como

dijo el poeta, vierten sobre Madrid toda la luz que de los cielos baja.

Conforme avanzábamos hacia el precioso hotel del gran literato, sentíamos una intensa emoción.

Ibamos á escuchar de sus labios su vida entera, sus afanes y sus luchas, sus ilusiones y sus éxitos. Ibamos á conocer, de una manera detallada, todo el desarrollo de su gloriosa existencia, y á oirle narrar, con sencillez hermosa, hechos salientes de su vida, detalles acusadores de su psicología, de su temperamento, de sus amores.

¡La vida de Galdós! Toda ella iba á desfilar ante nosotros, referida por él mismo. Esta gran suerte que nos cabía, nos anticipaba el premio que nunca hubiéramos podido soñar para la modesta labor de este libro.

Llamamos al timbre, y la hospitalaria puerta de la tapia del jardín se abrió á poco.

—¿El Sr. Galdós?—preguntamos á la criada que había acudido á abrirnos.

—Sí, está. Voy á pasarle aviso.

Momentos después penetrábamos en el despacho del insigne novelista.

Sentado en su butaca, en el centro de la habitación, escuchaba el gran dramaturgo la lectura de los diarios de la mañana, que uno de sus secretarios leía rápidamente, pasando por alto aquellas noticias que ningún interés ofrecían al ilustre oyente.

Nos recibió D. Benito con su amabilidad de

siempre, afectuosísimo, brindándonos su mano amiga. En el acto interrumpió la lectura y despidió al secretario.

—Ya les esperaba—nos dijo.—Y mirando su reloj, añadió:—¡Sí son ya las diez y cuarto!

Comenzamos la tarea é hicimos á D. Benito las primeras preguntas.

—No hay nada hecho—contestó—acerca de mi biografía. Yo sólo conservo unas cuartillas, cuatro ó cinco, que escribí para facilitar algunos datos de mi vida á mi paisano el escritor y periodista *Angel Guerra.* Pero como esos datos son muy incompletos y nada suponen para el propósito de ustedes, hay que hacer una labor nueva. Y habrá que ir despacio para que pueda recordarlo todo.

Nos satisfizo en extremo la observación del gran novelista y comenzamos á interrogarle, facilitándonos con sus amables respuestas los datos que van á continuación.

Lector, óyelos con atención reconcentrada. Es la vida de un gran maestro.





# CAPITULO III

---

## LOS PRIMEROS AÑOS

**La Patria.—El hogar.—La familia.—Ascendencia inquisitorial.—Los primeros ensayos.**

Don Benito Pérez Galdós es natural de Las Palmas (Islas Canarias). Nació el 10 de Mayo de 1843 en una casa de la propiedad de sus padres, situada en la calle de Elcano. En dicha casa fué colocada hace tiempo una lápida por el Ayuntamiento de aquella ciudad, que perpetúa la fecha del nacimiento del insigne novelista.

Dice así:

"Aquí nació Pérez Galdós, la gloria más grande y más legítima y más universal de las islas Canarias".

Su padre se llamaba D. Sebastián Pérez Macías, y perteneció al Cuerpo de militares provinciales, en el que alcanzó una alta graduación.

Su madre, doña Dolores Galdós, era una dama virtuosísima, perteneciente á distinguida familia.

Tuvo el matrimonio muchos hijos, cuatro varones y el resto hembras. El más pequeño de todos era D. Benito Pérez Galdós, que es el único que vive de los varones.

Hace tres años falleció su hermano Ignacio, capitán general que fué de Canarias.

De las hembras, dos viven con D. Benito en Madrid en el precioso hotel de la calle de Don Hilarión Eslava.

Su abuelo materno, D. Domingo Galdós, que había nacido en Azpeitia, fué secretario de la Inquisición en Canarias, pero en aquella época el Santo Oficio, próximo á desaparecer, apenas funcionaba. Sólo, de muy tarde en tarde, emplumaba á algún desgraciado.

Galdós fué en sus primeros años de constitución endeble. Luego se fortaleció notablemente su naturaleza, adquiriendo un vigor y una energía envidiables.

Cursó las primeras letras en un colegio inglés, pues la enseñanza española estaba entonces muy abandonada en Las Palmas.

Las primeras palabras que aprendió fué en el citado idioma.

A los trece años comenzó á estudiar el bachillerato con bastante aprovechamiento en el Colegió de San Agustín, que se fundó en aquella época en la citada capital canaria y que respondía á

todas las necesidades de la enseñanza moderna.

Despertáronse entonces sus aficiones literarias é hizo sus primeras armas en la prensa local.

—Escribí—nos dijo Galdós—unos cuantos artículos en un periódico que se titulaba *El País* y en otro cuyo título era *El Eco de...*, no recuerdo de qué; pero nada conservo de aquellos infantiles ensayos, ni me he cuidado nunca de recogerlos.

Luego llegó Galdós á Madrid. Y esto merece capítulo aparte.





# CAPITULO IV

## GALDÓS EN MADRID

**La casa de huéspedes.—Sus amigos.—Sus estudios.—Galdós, mal estudiante.—Galdós, buen periodista.—El primer drama.**

En 1863, cuando tenía diez y nueve años, vino á Madrid el gran novelista, destinado por su familia á estudiar la carrera de Derecho.

Desde Córdoba á Alcázar de San Juan hizo el viaje en diligencia, pues en este trayecto no había ferrocarrìl en aquella época.

Al llegar á la corte fué á vivir á una casa de huéspedes situada en la calle de las Fuentes, número 3. Allí tenía también su hospedaje otro ilustre canario, el Sr. León y Castillo, que en aquella época era camarada y compañero de carrera de Pérez Galdós.

El ilustre escritor permaneció sólo seis ó siete

meses en la casa de la calle de las Fuentes. Después se trasladó al número 9 de la calle del Olivo (hoy de Mesoneros Romanos) y allí vivió seis ó siete años.

—No sentía vocación alguna por la carrera de Derecho—agregó D. Benito—y, debido á esto, realizaba los estudios con mediana aplicación. En cambio, atraído por los encantos de Madrid, hacía vida de diversiones, de café, de tertulias. Frecuenté entonces mucho el Café Universal, que era donde nos reuníamos los canarios. Allí conocí á muchos estudiantes que después han sido hombres ilustres, entre ellos al exministro liberal D. Amós Salvador y al general Ochando.

La carrera de Leyes—siguió diciendo—tenía entonces un año preparatorio, y en ese curso la asignatura que estudié con verdadero gusto fué la Literatura latina, por la relación que tenía con mis aficiones. La explicaba Camús y á este maestro le profesé siempre una sincera admiración y un gran cariño. También he guardado siempre grandes simpatías para Fernando Castro, el profesor de Historia.

A todo esto, las aficiones literarias que en mí se habían despertado en la primera edad, seguían creciendo en Madrid, pero sin manifestarse, sin exteriorizarse en las columnas de un periódico ni en las páginas de un libro. Algunos años transcurrieron en una labor permanente, intensa. Ensayos de drama y de novela ocupaban mi imagi-

nación, pero nada publiqué entonces. Era una labor silenciosa, sin finalidad inmediata, una labor que iba quedando reflejada en las cuartillas, en muchas cuartillas que después aprisionaban los cajones de las mesas.

En 1866—añadió—apareció por primera vez en Madrid en letras de molde un trabajo mío en las columnas del periódico *La Nación*, periódico de la propiedad de Pascual Madó y que dirigía Santín de Quevedo. El que me llevó á colaborar en dicha publicación era entonces un hombre obscuro como yo, pero que después ha brillado mucho en la carrera judicial. Se llama, pues aún vive, D. Ricardo Molina, magistrado del Tribunal Supremo que ha sido jubilado recientemente. A este hombre ilustre me ha unido siempre, y me une, una estrecha é inquebrantable amistad.

En *La Nación*—siguió diciendo el insigne autor de los *Episodios Nacionales*—publiqué sólo folletines y críticas de arte y de teatro. Sin embargo, el género literario que más me seducía, por el que sentía mayores entusiasmos y el que cultivé primero, como lo cultivan todos los jóvenes que empiezan porque parece el más brillante y el de éxitos más halagadores, era el género dramático. En el teatro tenía puesta mi ilusión. Escribí un drama en verso que se titulaba *La expulsión de los moriscos*, drama que aún conservo, y se lo entregué á Manuel Catalina, director entonces del teatro del Príncipe. A Catalina le gustó mucho y estuvo á

punto de representarse, pero... no se representó. ¿Por qué? Por lo que no se representan siempre las obras de los que empiezan. "Que venga usted mañana, que vuelva usted pasado". Lo de siempre, lo eterno.

El 10 de Abril de 1865 presenció Galdós los sucesos de la noche de San Daniel y el 22 de Junio de 1866, la sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil. Estos hechos dejaron una impresión imborrable en el insigne novelista. Vivía entonces en la calle del Olivo, y con varios de sus compañeros salió al arroyo y vió á la Guardia civil en la noche de San Daniel acuchillar á las masas. También presenció el paso de los coches simones que conducían á los sargentos del cuartel de San Gil al sitio donde fueron fusilados.

—Estos sucesos—acabó D. Benito,—dejaron en mi alma vivísimo recuerdo y han influído considerablemente en mi temperamento literario.





## CAPITULO V

---

### VIAJES Á PARÍS

**Admiración por Balzac.—Amor á la novela.—"La Fontana de Oro".—En Gerona.—Prim, fascinador.**

En el mes de Mayo de 1867, fué Galdós á París por primera vez, en unión de una persona de su familia.

Vió la primera Exposición Universal y recorrió detenidamente todo lo que de notable encerraba la capital de Francia.

Le gustó París extraordinariamente; despertó en él sensaciones nuevas, y creció de tal forma su deseo de conocer la población palmo á palmo que, provisto de un plano, se pasó la mayor parte de los días en la calle recorriendo todo.

Esto le proporcionó un perfectísimo conocimiento de la populosa capital.

Permaneció en ella el verano entero y durante este tiempo tuvo ocasión de presenciar brillantes

fiestas populares. Vió á Napoleón III en una revista militar y recuerda detalles de la visita que en aquellos meses hicieron á la capital de Francia el sultán de Turquía y el rey Guillermo de Prusia.

En París compró y leyó Galdós todas las obras de Balzac, despertándose entonces su afición á la novela.

Los desengaños sufridos con las gestiones que había hecho para estrenar sus obras dramáticas, le animaron también á cultivar dicho género y cuando volvió á Madrid comenzó á escribir su primera novela *La Fontana de Oro.*

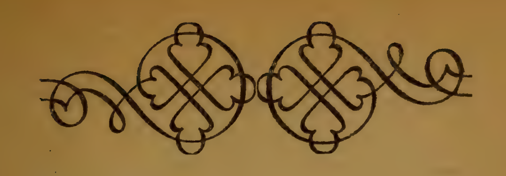
En 1868 volvió á París con su familia. Se llevó la citada novela apenas comenzada y la terminó en Bagnères de Bigorre, donde permaneció algún tiempo. Después estuvo en Marsella, luego en Perpignan y desde esta población atravesó el Pirineo en coche hasta Gerona.

En esta capital comenzaba la vía férrea de Barcelona y en tren continuó el viaje hasta la ciudad condal.

—Al pasar por Gerona—nos dijo D. Benito—y contemplar la población, no pensé que había de escribir un libro sobre ella. En Barcelona presencié los sucesos de Septiembre, pues precisamente me cogieron allí los días 27 y 28, y vi al conde de Cheste recorrer las Ramblas al frente de los mozos de escuadra. Triunfante la revolución, se constituyó en la capital de Cataluña un gobierno pro-

visional y en aquellos días conocí en Barcelona á Núñez de Arce, que no sé si estaba emigrado ó si desempeñaba un cargo oficial. Esto no lo recuerdo bien. Embarqué con mi familia que continuaba su viaje á Las Palmas. Desde el barco se percibían las explosiones de la revolución. En Alicante hizo escala el buque y allí desembarqué yo, continuando mi familia su navegación hacia Canarias. Vine á Madrid y tuve ocasión de presenciar las entradas de Prim y de Serrano. La de Prim, especialmente no se borrará nunca de mi memoria. Fué uno de los espectáculos más grandiosos que he contemplado en mi vida. Repito que nunca podré olvidar aquel extraordinario suceso.





# CAPITULO VI

---

## GALDÓS, PERIODISTA

**"La Nación".—Vida accidentada.—Los grandes oradores.—"El Debate", de Prim.—Novelas.**

En los capítulos anteriores queda consignado cómo y en qué forma comenzó D. Benito Pérez Galdós á trabajar en la Prensa periódica. Primero en Las Palmas, cuando todavía era un niño, hizo algunos ensayos en los periódicos locales. Después en Madrid, en *La Nación*, y al mismo tiempo que cursaba la carrera de Leyes, desenvolvió sus aficiones publicando folletines y críticas de arte y de teatro.

Pero D. Benito no dió nunca á estos trabajos ninguna importancia.

Su era de periodista activo, su labor intensa en los diarios madrileños comenzó en 1869, fecha en que había ya terminado sus estudios de Derecho.

Aníbal Alvarez Osorio acababa de fundar el periódico *Las Cortes*. El ilustre autor de los *Episodios Nacionales* entró á formar parte de aquella brillante redacción y fué encargado de reseñar las sesiones del Congreso; es decir, de *hacer la tribuna* de la Cámara popular, como se dice ahora en la jerga periodística.

Con este motivo asistió á todas las deliberaciones de las Constituyentes y escuchó todos los discursos. Oyó á Castelar su célebre oración "Grande es Dios en el Sinaí". Y oyó á Echegaray, á Figueras, á Pí y Margall, á Cristino Martos, al gran Nocedal, á Salmerón.

¡Qué grandes sensaciones de arte experimentaría el alma exquisita del gran escritor!

—En *Las Cortes* trabajé intensamente—nos dijo D. Benito.—Hasta después de las dos de la madrugada permanecía siempre en la redacción. Hoy, cuando pienso en ello, me parece mentira que á tales horas pudiera yo estar en vela.

Vivía entonces en el barrio de Salamanca, en la calle de Serrano, núm. 8 antiguo. Hoy tiene otro número esa casa, que era del Sr. García Torres, Director de Rentas. Este señor vivía en el principal; yo en el piso tercero. Y recuerdo que un día vi salir á una comitiva que marchaba á bautizar á una hija del Sr. García Torres, á la que pusieron el nombre de Esperanza. Aquella niña es hoy la esposa del ilustre senador y director de "A B C", D. Torcuato Luca de Tena.

En 1870—agregó el gran novelista—conocí á Alvareda. Me presentó á él Ferreras y comencé á escribir en la revista que el primero había fundado y que se titulaba *La Revista de España.* Vivía Alvareda en la calle de Trajineros en un piso bajo y allí tenía la redacción. Allí fundó después *El Debate*, del que fuí redactor bastante tiempo. Sus columnas están llenas de trabajos míos. Hice innumerables artículos de política, de literatura, de arte, de crítica.

La creación del periódico—añadió D. Benito—se debía á Prim. Yo le oí contar á Alvareda que en una entrevista, de acuerdo con dicho general, que era entonces ministro de la Guerra, se acordó la fundación de *El Debate.* Prim abrió un cajón de su mesa y sacando un puñado de billetes se los entrego á Alvareda, para que comenzaran los trabajos.

De la redacción de *El Debate* formábamos parte, entre otros, López Guijarro, Núñez de Arce, Ramón Correa, Ferreras y yo. Ramón Correa era un hombre ingeniosísimo, un escritor de gran valía. Se levantaba siempre á las siete de la tarde. Nunca veía la luz del sol.

Casi todas las noches salía yo del periódico acompañado de Ferreras, de quien era gran amigo. Un día al pasar por Recoletos, camino de nuestras casa, vimos unas líneas blancas trazadas en el pavimento. Le pregunté á Ferraras qué significaba y me contestó: "Es el trazado para la vía

del tranvía de mulas. Una empresa loca en la que van á perder hasta los ojos".

Se equivocó Ferreras—siguió diciéndonos don Benito,—pues ya ven ustedes el desenvolvimiento que ha llegado á adquirir aquella empresa.

Hasta el año 74, después del golpe de Estado de Pavía, se publicó el periódico bajo la dirección de Alvareda. Después pasó á manos de Núñez de Arce. Durante todo ese tiempo trabajé activamente en *El Debate*. A la vez colaboraba en otros periódicos. Fué aquella mi época más intensa de periodista.

—¿Vivía usted, entonces, de lo que ganaba trabajando en los periódicos?—Preguntamos á don Benito.

—No; contestó en el acto.—Vivía de lo que me mandaba mi familia desde Canarias. Algo pagaban en *El Debate*, pero muy poco. El periodismo, en ese sentido, estaba en aquella época peor que ahora; y hoy tampoco está muy bueno.

Aún creo que vive,—siguió diciendo,—pues hasta hace poco trabajaba en *El Liberal*, un gran periodista de aquel tiempo, que fué compañero mío de redacción en *Las Cortes*, Castro y Blanc, hombre de gran inteligencia y buen escritor.

También nos dijo Galdós que en el año 1871 publicó en *La Revista de España* un cuento largo titulado *La sombra* y su segunda novela que lleva por título *El audaz*.



## CAPITULO VII

---

### VIDA RECONCENTRADA

**Los "Episodios Nacionales" y las novelas.—Homenajes.**

En el año de 1873, la vida de D. Benito Pérez Galdós, cambió de una manera radical.

Dejó de hacer vida de café, de distracciones, de amigos, y todas sus actividades las concentró en su cuarto de trabajo.

—Hasta prescindí de ir al teatro—nos dijo el gran novelista—á pesar de que, como saben ustedes, el teatro era una de mis grandes ilusiones.

Entonces comenzó á realizar la labor admirable y fecunda, que ha hecho glorioso su nombre.

Dicho año escribió y publicó cuatro Episodios Nacionales, *Trafalgar*, *La Corte de Carlos IV*, *El 19 de Marzo y el Dos de Mayo*, y *Bailén.*

El 74 dió á la luz pública otros cuatro Episodios, *Napoleón en Chamartín*, *Zaragoza*, *Gerona* y *Cádiz*.

Así siguió, publicando cada tres meses uno de sus *Episodios Nacionales*, hasta 1876 en que escribió *Doña Perfecta* á la que siguieron otras novelas contemporáneas de la primera época.

Estas novelas las escribía alternándolas con *Episodios*.

*Doña Perfecta* la publicó en *La Revista de España*, pero después hizo él un libro con la citada producción.

Tanto los *Episodios Nacionales* como las novelas contemporáneas tuvieron una aceptación extraordinaria, que fué creciendo de año en año.

Para dar una completa idea de la labor realizada por D. Benito Pérez Galdós, en otro capítulo publicamos la relación detallada de todas sus obras, consignando los años y el orden en que fueron apareciendo.

En el mes de Marzo de 1883 y por iniciativa de Leopoldo Alas (*Clarín*), se oragnizó un banquete en honor del insigne novelista.

La fiesta se celebró en el Café de Ayala, que estaba situado en la Carrera de San Jerónimo frente á la calle de Echegaray y en el mismo local que hoy ocupa una cervecería.

A este banquete concurrieron más de cien comensales, todos ellos personas eminentísimas.

Cánovas del Castillo, Castelar y Echegaray

pronunciaron brindis en honor del agasajado y Galdós contestó con sentidas frases de gratitud.

Fué la primera gran prueba de admiración que recibió Galdós ruidosamente.





## CAPITULO VIII

---

### LABOR FECUNDA

**Lista completa, por orden cronológico, de las obras escritas y publicadas por D. Benito Pérez Galdós.**

Antes de pasar adelante, y aun interrumpiendo la sucesión ordenada de materias, damos la lista completa de las obras de Galdós con los años en que fueron escritas.

Creemos facilitar así la labor comprensiva del lector.

En 1870, *La Fontana de Oro.*

En 1871, *La Sombra.*

En 1872, *El Audaz.*

En 1873, *Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el Dos de Mayo.—Bailén.*

En 1874, *Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.*

En 1875, *J. Martín el Empecinado.—Arapiles.*

—*Equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano.*

En 1876, *La segunda casaca.—Doña Perfecta.—El grande Oriente.—7 de Julio.*

En 1877, *Los cien mil hijos de San Luis.—Gloria*, 2 tomos.—*El Terror de 1824.*

En 1878, *Marianela.—Un voluntario realista.—La familia de León Roch*, 3 tomos.

En 1879, *Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.*

En 1880, *La Desheredada*, 1.ª parte.

En 1881, *La Desheredada*, 2.ª parte.

En 1882, *El amigo Manso.*

En 1883, *El Doctor Centeno*, 2 tomos.

En 1884, *Tormento.—La de Bringas.—Lo Prohibido*, 1ª parte.

En 1885, *Lo Prohibido*, 2.ª parte.

En 1886, *Fortunata y Jacinta*, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte.

En 1887, *Fortunata y Jacinta*, 4.ª parte.

En 1888, *Miau.—La Incógnita.*

En 1889, *Realidad.—Torquemada en la hoguera.*

En 1890, *Angel Guerra*, 1.ª y 2.ª parte.

En 1891, *Angel Guerra*, 3.ª parte.

En 1892, *Tristana.—Realidad*, drama.—*La loca de la casa.*

En 1893, *Torquemada en la Cruz.—La de San Quintín.*

En 1894, *Torquemada en el Purgatorio.—Los Condenados.*

En 1895, *Torquemada y San Pedro.—Nazarín. Halma.—Voluntad.*

En 1896, *Doña Perfecta*, drama.—*La Fiera*, drama.

En 1897, *Misericordia.—El Abuelo.*

En 1898, *Zumalacárregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—El Abuelo*, drama.

En 1899, *Luchana.—La Campaña del Maestrazgo.—La Estafeta romántica.—Vergara.*

En 1900, *Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Electra*, drama.—*Bodas Reales.*

En 1901, *Las Tormentas del 48.—Alma y Vida*

En 1902, *Narváez.—Mariucha.*

En 1903, *Los Duendes de la Camarilla.—Bárbara.*

En 1904, *La Revolución de Julio.—O'Donnell. —Aita Tethauen.*

En 1905, *Carlos IV en la Rápita.—Casandra. —Amor y Ciencia.*

En 1906, *La Vuelta al Mundo en la Numancia. Prim.*

En 1907, *La de los Tristes Destinos.*

En 1908, *España sin Rey.—Pedro Minio*, comedia.

En 1909, *España trágica.—El Caballero Encantado*, novela.

En 1910, *Casandra*, drama.—*Amadeo I.*

En 1911, *La Primera República.—De Cartago á Sagunto.*

En 1912, *Alceste*, drama.

Actualmente (Febrero de 1912), escribe *Cánovas*, continuación de sus famosos *Episodios Nacionales.*





# CAPITULO IX

---

## GALDÓS. DIPUTADO Á CORTES

**17 votos.—Sí y no.—Galdós, palatino.—Las tertulias.— El Congreso.**

HABRÁ que ir despacio, para que pueda recordarlo todo", nos había dicho Galdós el día que, en su despacho, dimos principio á esta labor biográfica; y despacio fuimos, porque no era empresa fácil reconstituir en unos momentos toda una vida, y menos una vida tan fecunda como la del insigne novelista.

Cuatro entrevistas con D. Benito, fueron necesarias para reunir el bagaje de datos que constituyen los anteriores capítulos, y ten, lector, por cosa cierta, que aprovechamos bien el tiempo, pues desde el primer instante adoptamos la prudente resolución de que las intervius con el admirable literato no durasen arriba de una hora, á fin de corresponder á su bondad, no fatigándole demasiado.

Cuando al finalizar la cuarta entrevista nos despedimos de él, nos dijo:

—Pasado mañana, cuando vuelvan ustedes, les referiré cómo fuí elegido diputado á Cortes por primera vez.

En efecto; la quinta interviu la dedicamos á conocer ese episodio que marcaba, en la vida del ilustre escritor, un nuevo é interesantísimo aspecto.

—Yo nunca había sentido gran vocación por la política—comenzó diciéndonos D. Benito;—pero sin esperarlo y por obra y gracia de Ferreras, me encontré de pronto con la investidura de representante de la nación.

Conforme hablaba, sonreía levemente el gran escritor.

El rey Alfonso XII—agregó—murió en Septiembre del año 1885 y al año siguiente se convocaron las Cortes de la regencia. Ferreras habló á Sagasta de mí para que me eligiesen diputado; Sagasta hizo suyos los deseos del célebre periodista y, con tan eficaz ayuda, fuí elegido diputado á Cortes por el distrito de Guayama (Puerto Rico).

Después volvió á sonreir D. Benito. Hubo una pausa y, al cabo de ella, incorporándose en su butaca, nos hizo la siguiente pregunta, con el acento del que expone un acertijo de difícil contestación:

—¿Cuántos votos dirán ustedes que obtuve?

Nosotros, perplejos, guardamos silencio.

¡Diez y siete!—agregó D. Benito. Diez y siete votos bastaron para erigirme en representante de la nación.

Y dando á sus palabras un tono más persuasivo, agregó:

Pero ahora he de contarle la forma en que eran elegidos los diputados de Puerto Rico y Cuba para que se expliquen esa votación. Días antes de ésta, el Gobierno telegrafiaba á las autoridades de las citadas islas comunicándoles la lista de los candidatos que habían de ser elegidos diputados, y era seguro el *triunfo* de los que en ella figuraban.

Sin embargo, en aquella ocasión—continuó diciendo—la protesta de los americanos á elegir representantes á gusto del Gobierno, se exteriorizó con mayor eficacia, y no todos los que en la lista figuraban salieron triunfantes. Entre ellos recuerdo á Perojo y á Sellés, que no fueron elegidos.

Yo fuí al Congreso—agregó—y me senté en los escaños transformado, por arte del acta, en un perfecto sagastino, en un completo ministerial y voté todo lo que el Gobierno quiso.

En las palabras de D. Benito había un dejo de ironía amable, y su rostro mostraba una dulce expresión de regocijo.

La única cosa que hice en aquella legislatura —siguió diciendo—fué la contestación al discur-

so de la Corona. En las sesiones me concreté á decir sí y no. Cuando nació Alfonso XIII me designaron para formar parte de la comisión del Congreso que había de acudir á Palacio, para asistir, representando á la Cámara, á la presentación del nuevo soberano. Constituyeron, conmigo, dicha comisión, Maura, Canalejas, Villanueva, Puigcerver, Ramos Valderas y D. Pío Gullón, que era el presidente.

El acto—añadió—me pareció muy curioso. Vi á Sagasta aparecer con una gran bandeja que contenía el cuerpo del monarca recién nacido, envuelto en algodones y adornado con unos lazos de las insignias del Toisón de oro y las demás órdenes, en forma que parecía un corderillo.

A aquel Parlamento se le llamó el Parlamento largo, porque duró la legislatura cerca de cinco años. Al principio marchamos bien, pero fueron sólo unos meses, porque en seguida surgió la disidencia de Martos. Luego ocurrió la sublevación de Villacampa y apareció el partido casolista. En aquellas Cortes, se sentó también por primera ven en el Congreso D. Gumersindo Azcárate.

—¿Y usted—le preguntamos—asistía con frecuencia al Congreso?

—Todos los días—nos contestó Galdós—pero porque me gustaba estar de tertulia con los amigos en el salón de conferencias.



## CAPITULO X

### VIAJES POR EUROPA.

**Excursiones á Inglaterra, Holanda y Alemania.—Italia, Suecia, Bélgica y Suiza.**

Los viajes tienen un encanto indefinible. Renuevan las sensaciones y orean el alma. Y si el que viaja lo hace como D. Benito Pérez Galdós, llevando los ojos muy abiertos y los oídos en escucha, no encontrará comparable con nada el placer de realizar excursiones por tierras desconocidas.

El ilustre autor de los *Episodios Nacionales* fué siempre un decidido devoto de esas largas jornadas. Sus viajes por el extranjero y por España han sido numerosos y pocos hombres habrá que estando siempre dedicados al trabajo con la constancia que lo estuvo siempre D. Benito, dispongan de tiempo para recorrer y visitar los diversos países que el gran novelista ha visitado.

De sus dos primeros viajes á París y otras po-

blaciones de Francia, ya hemos dado cuenta en otro capítulo.

Este lo dedicaremos á recoger los datos que en la quinta entrevista nos facilitó sobre sus excursiones por el extranjero.

En 1883, emprendió un viaje desde Santander á Londres.

En la capital de Inglaterra permaneció Galdós todo el verano. Se hospedó en un modesto hotel de Golden Square, propiedad de un belga, y, repitiendo lo que había hecho en París, se pasó la mayor parte de los días en la calle, provisto de un Badequer, recorriendo aquella inmensa metrópoli.

Verdad es que ningún otro objeto le había llevado á la capital de Inglaterra que el de conocer, de la manera más completa posible, aquella inmensa población.

En el hotel donde paraba, se encontró con algunos españoles y también conoció á varios paisanos suyos, comerciantes establecidos en Londres.

Pasó largos ratos admirando la abadía de Westminster, San Pablo y el Museo Británico. Visitando éste, se hizo amigo del célebre bibliófilo don Pascual Goyancos que tenía un buen destino en el citado Museo.

Recorrió también los sitios inmortalizados por Dickens como *Chancerylane*, *Lincons'ine.*

En aquel año había muerto el insigne inglés y vió su sepultura en la Abadía de West-

minster donde está el panteón de hombres ilustres de la Gran Bretaña.

La tumba estaba reciente y sobre ella había una losa provisional, sin más epitafio que su nombre: "Dickens".

Detenidamente recorrió, hasta llegarlos á dominar por completo, el West, barrio aristocrático, La City, los barrios populares del Este, los lugares pintorescos de las orillas del Támesis, la Torre del Hombre, los Dockes y todos los alrededores de la hermosa capital.

Como población, le gustó mucho más Londres que París, porque es más soberbia, más grande, pero encontró bastante más alegre la vida en la capital de Francia.

En años sucesivos volvió Galdós á Inglaterra. Embarcaba en Santander y se iba á Liverpool, desde donde partía para Newcastle.

En esta última población desempeñaba el cargo de cónsul de España D. José Alcalá Galiano, nieto del célebre orador D. Antonio y gran amigo del insigne novelista, pues habían sido compañeros de redacción en el periódico *Las Cortes.*

En Newcastle pasaba siempre unos días Galdós en la casa de su amigo. Después marchaban juntos á realizar viajes que de antemano habían planeado.

En el primero que hicieron se embarcaron para Rotterdam y recorrieron las principales capitales de Holanda, como La Haya y Amsterdam. Los

interesantísimos Museos que hay en estas poblaciones los visitaron detenidamente.

Luego desde Amsterdam se fueron á Berlín y en la capital de Alemania permanecieron un mes visitándolo todo.

También le gustó á Galdós Berlín, pero lo encontró mucho más triste que París y más aún que Londres.

De Berlín se fueron á Hamburgo que dejó en D. Benito la impresión de una capital encantadora, alegre y rica.

A los pocos días marcharon por Kiel y Korsor á Copenhague, donde siguieron visitando museos y monumentos artísticos.

Pensaban también visitar Stockolmo, pero como avanzaba la estación y los días iban decreciendo, no quisieron pasar de Elsinor, el escenario de Hamlet y donde están los baluartes en los que se apareció al célebre príncipe la sombra de su padre.

Desde allí retrocedieron á Hamburgo, pasando otra vez el Báltico, y en Hamburgo embarcaron en un vapor que iba lleno de emigrantes con rumbo á Hull, en Inglaterra. La travesía fué mala y en el barco sufrieron grandes molestias.

Una vez que llegaron á la casa de D. José Alcalá Galiano en Newcastle, se despidió Galdós de su amigo y regresó solo á Santander.

Al año siguiente organizaron y emprendieron otro viaje.

Don Benito marchó desde Santander á Newcastle, allí se unió al Sr. Alcalá Galiano y, después de pasar unos días en su casa, marcharon á Londres.

Luego partieron para Italia y recorrieron esta nación hasta Nápoles.

Vieron Milán, Turín, Venecia, Verona y Padua.

En Roma pasaron más de un mes.

—Gracias á la amabilidad del Sr. Groizard--nos dijo Galdós—que era entonces embajador de España cerca del Vaticano, pude asistir á la misa de Requiem que dijo León XIII en San Pedro para cerrar el jubileo. El espectáculo me pareció grandioso, soberbio, de una emoción intensa. Al Papa León XIII no le llegué á hablar, pero me pareció de aspecto simpático. Para asistir á dicha misa era necesario vestir frac y sombrero especiales, que se alquilaban por poco dinero. Nosotros así lo hicimos.

En Nápoles—añadió—pasamos también bastantes días y encontré, como en Roma, muchas cosas interesantes. El regreso lo hicimos por Florencia, Pisa, Génova y Colonia á París. En la capital de Francia, Alcalá Galiano se despidió de mí y marchó á su casa de Newcastle. Yo, por Burdeos, volví á Santander.

El tercer viaje á Inglaterra—siguió diciéndonos el gran literato—lo hice yo solo. Después de pasar unos días en Newcastle en la casa de

Alcalá Galiano, fuí á Escocia y estuve en Edimburgo. Luego volví á Newcastle y por Birmingham marché á Stratford, la patria de Shakespeare.

Sobre esta excursión escribí un largo estudio que se titula "La casa de Shakespeare". Al regresar á España la publiqué en un periódico americano, luego en la Colección Diamante y, por último, en otro volumen que edité yo.

Algunos meses después hizo Galdós otro viaje á Francia. Se embarcó en Santander para el Havre y fué á París.

En la capital de Francia emprendió el viaje circular del Rhín, y visitó Francfort, Maguncia, Colonia y Wist-Baden, regresando á Bruselas. En Bélgica permaneció bastante tiempo, y, además de la capital del reino, recorrió detenidamente Amberes, Brujas, Gante, Lieja y Ostende.

Otro viaje hizo más tarde en la misma dirección y fué á Baireut para ver las obras de Wagner, que allí se representaban, pero no llegó á tiempo.

Más tarde recorrió Galdós, en unión de su familia, toda Suiza.





## CAPITULO XI

### VIAJES POR ESPAÑA

**Excursiones pintorescas.—Viajando en tercera.—Parando en los mesones.—Observando tipos y costumbres.**

ALGÚN tiempo después de realizar las excursiones por el extranjero, hizo Galdós viajes por España un poco molestos y extravagantes, pero muy propios para adquirir conocimientos de gentes, de lenguajes y de costumbres.

Salía siempre de Santander, acompañado por Rubín, su jardinero y mayordomo, y en ferrocarril, en departamento de tercera clase, recorría largas distancias, viviendo en los paradores y mesones en continuo contacto con el pueblo.

Viajaba siempre de día y visitaba solamente aquellas ciudades y pueblos situados en la línea del ferrocarril ó próximos á ella.

Las visitas no eran muy detenidas, pero sí lo suficientes para contemplar las tradiciones y costumbres de las localidades en que se detenían, para descubrir alguno de sus afanes, para buscar

algo de su carácter, para sentir su calor y sorprender alguna de las sensaciones de su espíritu.

De este modo rápido, juzgando las cosas por la primera impresión, llevábase el ilustre autor de los *Episodios Nacionales* una completa y cabal visión de los sitios que visitaba, que esas jornadas deben hacerse aprisa, de pasada, toda vez que se conservan mejor las impresiones rápidas que los estudios detenidos y pacientes, á más de que en tales viajes solemos despabilar el alma y llevamos el corazón abierto á las sensaciones y el cerebro dispuesto á recibir ideas.

De esta forma recorrió Galdós el valle de Mena y toda la parte alta de Burgos, Espinosa de los Monteros, Medina de Pomar, Villarcayo, Bribiesca. En otro viaje que emprendió desde Santander con Rubín, visitó Orduña, Miranda, Pancorbo, Burgos y Valladolid. Luego por el ferrocarril de Ariza fué á Peñafiel, Aranda de Duero, Burgo de Osma y Almazán; y dando la vuelta por Calatayud recorrió Casetas, Tudela, Calahorra, Logroño y Miranda, yendo después á Zumárraga, Vergara, Elgoibar, Durango, Bilbao y Ramales, desde donde regresó á Santander.

Más tarde organizó otra excursión á Barcelona, saliendo, como en las anteriores, de Santander, acompañado de su mayordomo. Estuvo en Huesca, Lérida, Manresa y otras muchas poblaciones de Cataluña.

El año de 1894 realizó otro viaje acompañado

por Victoriano, su popular criado, por Castilla la Vieja. Eligió como centro de operaciones Medina del Campo y visitó Rueda, Tordesillas, Simancas, Olmedo, Madrigal y Arévalo.

En Tordesillas vió la residencia de doña Juana la Loca. En Simancas visitó el archivo de Castilla.

Madrigal de las Altas Torres dejó en D. Benito una imborrable y grata impresión, por el aspecto del pueblo, por las costumbres de sus habitantes, por el ambiente que allí respiró.

También conoce Galdós casi toda Andalucía, especialmente las provincias de Sevilla, Granada y Almería y parte de la Mancha. Con su visita al Toboso experimentó una intensa emoción, contemplando la iglesia y recordando el diálogo de Don Quijote y Sancho.

En Salamanca ha estado muchas veces D. Benito. Sus visitas á Toledo fueron también muy frecuentes. Su célebre novela *Angel Guerra* la escribió en la imperial ciudad y en ella permaneció entonces más de un mes.

Claro es que gran parte de las impresiones que recogió en estos viajes han quedado reflejadas de una manera vigorosa en las páginas de sus libros.

Las jornadas que hizo Galdós por los pueblos de España, acompañado unas veces por su mayordomo Rubín y otras por su criado Victoriano, tenían por principal objeto, como hemos consignado al principio de este capítulo, estudiar

costumbres, conocer tradiciones, penetrar en el alma del pueblo español.

Y juzguen los lectores del precioso tesoro de datos é impresiones que el gran novelista recogería. Nada, seguramente, quedó oculto á su fina observación. Su espíritu genial penetró en todo, analizando tipos, parajes, vidas, anhelos.

La forma en que realizó las excursiones le proporcionó el completo conocimiento que tiene del pueblo, pues en contacto con él vivió durante el tiempo que aquéllas duraron.

No se pueden ustedes imaginar—nos dijo don Benito—qué escenas más pintorescas presencié y qué lenguajes más bonitos oí, en los vagones de tercera y en los mesones en que me hospedaba. Recuerdo que gocé mucho en un viaje que hice de Bribiesca á Burgos. Realicé la jornada en un tren de mercancías que llevaba sólo un coche de tercera y que llaman la *burra*. En todas las estaciones se detenía el convoy largos ratos y debido á esto y á su escasa velocidad, tardó en hacer el recorrido mcuhas horas. Pero á mí la excursión me resultó amenísima con el constante entrar y salir en el vagón de aquellas gentes aldeanas, con los diálogos que entablaban y con las costumbres pintorescas que me iba descubriendo. En una de las estaciones montó en mi departamento un hombre ya viejo, alto, todo afeitado, de apostura gallarda y aspecto noble. Mirándolo, me parecía contemplar al Condestable de Castilla. No acabaría

nunca si les contara detalles de aquellas excursiones. En todas ellas recibí tan gratas é intensas sensaciones, que me compensaban las molestias que mi forma de viajar me ocasionaba.





# CAPITULO XII

## EN EL ATENEO VIEJO

**Concurrente asiduo.—Alcalá-Galiano y Ríos Rosas.— Su tertulia.—El brasero de Moreno Nieto.**

El Ateneo viejo fué uno de los grandes cariños de D. Benito Pérez Galdós.

De ahí, lector, que le dediquemos un capítulo en este libro, pero no para describirlo, ni para detallar su funcionamiento, sino para seguir consignando nuevos datos de la vida del insigne novelista, pues desde mucho antes del año de 1868 hasta que cambió de domicilio tan culta sociedad, fué D. Benito asiduo concurrente al vetusto caserón de la calle de la Montera y por sus salas se esparcieron intensas palpitaciones de su vida.

Todas las tardes acudía Galdós al viejo Ateneo y en él permanecía muchas horas, leyendo en la Biblioteca, conversando con los hombres ilustres que frecuentaban aquel centro y oyendo interesantes disertaciones en la cátedra.

También por las noches solía volver á dicho

centro y en él permanecía hasta las once ó las doce, hora en que regresaba siempre á su domicilio.

—No estaba instalado el Ateneo viejo—nos dijo el gran escritor—con las comodidades y el lujo que lo está el Ateneo nuevo. No había allí los retratos, ni los cuadros, ni el mobiliario que hay hoy en el edificio de la calle del Prado.

La casa de la calle de la Montera, propiedad del marqués de Cubas, era una casa vieja, á la que, para mayor amplitud del local, habíanse unido habitaciones de otra casa contigua. Los salones estaban decorados y amueblados con modestia, pero la falta del confort moderno estaba compensada de sobra con el ambiente que se respiraba, un ambiente de cultura, de vida espiritual, de entusiasmo por el estudio y por el progreso.

La biblioteca—siguió diciendo—era modesta, pero buena. ¡Cuántas horas pasé yo en ella leyendo, estudiando! Aún parece que contemplo allá, en el fondo de la habitación, arrimado á un brasero, al inolvidable bibliotecario, D. José Moreno Nieto. Algunos socios acudían á él para formar tertulia y muchas veces tomé yo parte en ella. En la biblioteca vi también leyendo revistas y obras á D. Antonio Alcalá Galiano y á D. Antonio Ríos Rosas, y era tal la veneración que sentía por aquellos grandes hombres y tan grande el respeto que me inspiraban, que les contemplaba atento largo rato, pero sin acercarme á ellos y sin atreverme á hablarles.

En un rincón del largo pasillo que había á la entrada—agregó Galdós—formaban casi todos los días tertulia varios cubanos, entre los que descollaba D. Calixto Bernal. A esa tertulia me agregaba yo, como también Labra, Giner de los Ríos y los hermanos de éste, Paco, que ya murió, y Hermenegildo, que aún vive. Con todos ellos hice gran amistad que aún conservo. En la sala que llamaban el Senado, porque en ella se reunían los socios de más edad, pasé también largas horas; allí se destacaba siempre la figura de un señor que se apellidaba Gallardo, magistrado del Tribunal Supremo, hombre inteligente, y muy simpático que tenía una conversación amenísima y llena de agudezas. La Cátedra estaba situada en el fondo del edificio. En ella oí conferencias inolvidables de Moret, de Camús, de Augusto Linares y de otros grandes maestros.

¡Oh! Aquel Ateneo—decía D. Benito á cada momento—era una cosa muy distinta del de ahora. En la época de la revolución del 68—añadió—cuando era Presidente Figuerola, el Ateneo fué para la revolución española lo que había sido la Enciclopedia para la revolución francesa. También bajo las presidencias de Olózaga, Posada Herrera y Cánovas del Castillo, el Ateneo continuó teniendo gran esplendor, siendo algo así como la vanguardia de la cultura nacional. Recuerdo que, en época próxima á la revolución de Septiembre, estuvo clausurado unos días. No se cele-

braban conferencias ni funcionaban las cátedras. Pero á pesar de esta medida que el Gobierno había adoptado, nos reuníamos allí muchos ateneístas y era aquello una especie de logia masónica.

—¿En el Ateneo viejo conocería usted y haría amistad con muchos hombres ilustres?—preguntamos á D. Benito.

—Como yo era poco comunicativo—contestó—no tenía muchos amigos ateneístas. Sin embargo, traté á bastantes. No se me olvidan los parroquianos del salón de lectura. En él conocí á Emilio Huellín, que acaparaba todos los periódicos; á D. Justo Pelayo Cuesta, al brigadier de Artillería la Llave, á D. Isidoro Urzáiz, á D. Salvador Constanzio, italiano que había hecho varias traducciones; al pintor Rosales, al brigadier Lasausalle que era inglés de origen, pero de nacionalidad española y que había figurado en la guerra de Africa; á Cruzada Villamil y á un señor emigrado de Italia de noble figura y cuyo nombre nunca pude averiguar.

También conocí en el Ateneo—continuó diciendo—á Sánchez Moguel, Manuel de la Revilla, Fernando Fulgosi, el geólogo Villanova, Pedro Alcántara García, Urbano González Serrano, el inteligente bibliófilo y anticuario Menéndez Rayón, Laureano Calderón (hermano de D. Alfredo), Amós de Escalante, Narciso Campillo, Leopoldo Alas (*Clarín*), Adolfo Posada, Palacio Valdés, Eugenio Sellés, Julio Burell, que entonces

era un muchacho que comenzaba á escribir poesías, y los catedráticos de la Universidad Central Fangarnes, que era joven, y Pisa-Pajares, que ya era hombre de bastante edad. Además recuerdo que traté, de los sabios de aquel tiempo que ya han pasado á la historia, á D. Fermín Gonzalo Morón, á D. Frutos Saavedra Meneses, al arabista Godoy Alcántara, al padre Sánchez y otros. Me acuerdo también de cuando entró con un cargo muy modesto el inteligente y simpático Teodoro, actual conserje del Ateneo.

Por último—agregó D. Benito—apunten ustedes este detalle:

En la Biblioteca del Ateneo viejo, D. Ventura Ruiz Aguilera me hizo un plano de Salamanca que me sirvió para escribir *Arapiles*, pues entonces no conocía yo la citada capital. Después fuí varias veces á Salamanca y vi que había acertado en las descripciones que hice en dicha obra, valiéndome del plano que me trazó aquel ilustre poeta.





RETRATO DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS CUANDO TENÍA UNOS CINCUENTA AÑOS



# CAPITULO XIII

—

## GALDOS, DRAMATURGO

**Cómo volvió á escribir para el teatro.—El estreno de "Realidad".—El mágico de astracán.—"La loca de la casa".—El fracaso de "Los Condenados".—Otras obras.**

Ya lo hemos dicho en otro capítulo de este libro. El teatro había sido uno de los grandes amores de Galdós en los comienzos de su carrera literaria. Un drama en verso, *La expulsión de los moriscos*, fué la primera obra que escribió á su llegada á Madrid, cuando tenía veinte años, y hubiera seguido cultivando intensamente el género dramático, de no haber sufrido decepciones grandes, cuando en aquella época pretendió, sin resultado, estrenar en alguno de los coliseos de la corte.

Pero los desengaños que sufriera le apartaron

del género dramático y se inclinó á cultivar la novela. Los grandes, los inmensos éxitos que como novelista comenzó á obtener desde el primer instante, esfumaron en su alma sus aficiones á escribir para la escena, de tal forma que, desde el año 64 hasta el 91, no intentó siquiera hacer una obra dramática. En cambio, conocidísima es de toda España la fecunda labor que realizó en la novela en el transcurso de esos años.

Y así hubiera seguido, novelando exclusivamente, si una feliz coincidencia no le hubiera puesto en camino de escribir para el teatro, volviendo á despertar sus antiguas aficiones.

A fines del año de 1891, un amigo le presentó á Emilio Mario, que era entonces director y empresario del teatro de la Comedia.

Mario animó á Galdós á que llevara á la escena su novela *Realidad*, que había escrito en forma dialogada, y el gran novelista, después de algunas dudas, prometió hacerlo y estrenar la obra en el teatro de la Comedia.

En efecto, dos ó tres meses después, á principios de 1892, entregaba la obra al empresario del coliseo de la calle del Príncipe.

En aquellos días hubo modificaciones en la compañía de la Comedia. Se retiraron Antonio Vico y Carmen Cobeña y para sustituirlos trajo Mario á Cepillo y María Guerrero. Estos notables artistas, en unión de Thuiller y Julia Martínez, que continuaban formando parte de la

compañía, se encargaron de los principales papeles de *Realidad.*

Los ensayos fueron largos y minuciosos y á todos ellos acudió Galdós. Se pasaron grandes fatigas para hacer la aparición de la sombra de Federico, pues ninguno de los sistemas que se empleaban daban el resultado apetecido. Por fin se solucionó el problema con la ayuda de un sujeto de nacionalidad italiana, que tenía establecido en un piso bajo el antiguo espectáculo de la cabeza parlante que realizaba por medio de espejos.

Dicho sujeto fué contratado por el empresario y con su sistema se logró fingir lo mejor posible la aparición de la sombra, después de repetidos ensayos que se hicieron terminada la función de la noche.

Mario llamaba al aludido italiano *el mágico de astracán.*

El 15 de Marzo de 1892 se verificó el estreno de *Realidad.* La sala de la Comedia presentaba brillantísimo aspecto. Se vendieron todas las localidades y los palcos y butacas estaban ocupados por las personas más distinguidas de la sociedad madrileña.

La obra gustó y alcanzó un buen éxito En la Prensa, los juicios de la crítica no fueron tan favorables, como había sido el del público. Se hizo veintidós noches consecutivas y se dió al autor un beneficio.

—La interpretación—nos dijo D. Benito—fué

acertadísima. María Guerrero, Julia Martínez, Cepillo, Thuiller, Emilio Mario y los demás artistas que en el desempeño de la obra tomaron parte, estuvieron muy bien

El estreno de *Realidad*—añadió—me dejó comprometido con Mario para continuar haciendo obras dramáticas y escribí á continuación en Santander, pero no en el hotel que allí poseo, pues entonces se estaba construyendo, *La loca de la casa*, que se estrenó en la Comedia el 21 de Enero de 1893. Esta obra obtuvo también un gran éxito. Cepillo alcanzó un triunfo ruidosísimo con la creación del personaje de *Pepet*. Verdaderamente lo supo encarnar de manera admirable. María Gurrero también estuvo acertadísima en el papel de *Victoria* y los demás artistas contribuyeron al éxito del conjunto.

En el verano siguiente escribió Galdós, ya en su casa de Santander, *La de San Quintín*, que se estrenó también en el teatro de la Comedia el 27 de Enero de 1894.

Gustó tanto esta obra, que alcanzó aún mayor éxito que *Realidad* y *La loca de la casa*, y ya hemos dicho que éstas lo obtuvieron muy satisfactorio.

María Guerrero estuvo admirable interpretando la *duquesa de San Quintín* é hizo una creación acabada de este personaje, en opinión de D. Benito.

Cepillo, Thuiller, Paco Ortega, Cirera, Bala-

guer y otros artistas que tomaron parte en el estreno de la obra, desempeñaron muy bien sus respectivos papeles y fueron muy aplaudidos.

*La de San Quintín* alcanzó cincuenta representaciones consecutivas en el coliseo de la calle del Príncipe. Se hizo también en todos los teatros de provincias con igual brillantísimo éxito.

En el verano del mismo año escribió Galdós *Los condenados* para lo cual hizo un viaje penosísimo al Valle de Ansó en el Alto Aragón. Allí se empapó del ambiente que había de palpitar en la obra, hizo un detenido estudio del escenario en que los personajes se habían de mover y tomó las notas necesarias. Logrado esto, regresó á Santander y, en la hermosa quinta que posee en aquella capital, escribió la obra.

En aquella temporada volvió á cambiar la compañía de Mario. Se retiró María Guerrero y fué sustituída por Carmen Cobeña.

*Los condenados* se estrenaron el 11 de Diciembre de 1894. Tuvo un estreno desgraciado y la obra fracasó á pesar de los esfuerzos que hicieron para salvarla Carmen Cobeña, Conchita Ruiz, Emilio Thuiller y los demás artistas que en la interpretación tomaron parte.

Las tres representaciones reglamentarias se dieron sólo de *Los Condenados* en el teatro de la Comedia. Después se estrenó en varios coliseos de provincias y obtuvo un éxito satisfactorio.

A propósito de lo que ocurrió en Madird en el

estreno del citado drama, escribió Galdós el prólogo que hoy figura al frente del volumen en que editó *Los condenados*. En aquella época fué dicho prólogo muy leído y lo publicaron *El Correo* y el *Diario del Teatro*, que era de Salvador Canals. En él, Galdós acataba el veredicto del público y se revelaba contra el fallo de la prensa. Esto originó gran discusión en los periódicos.

—No crean ustedes—nos dijo D. Benito—que he desistido de ver representada esta obra otra vez en Madrid. Quizás sin tardar mucho vuelva á aparecer en la escena del teatro Español.

El 20 de Diciembre de 1895 estrenó *Voluntad* en el teatro Español, donde actuaba la compañía de María Guerrero, y el 28 de Enero de 1896, la compañía de María Tubau estrenó *Doña Perfecta* en el teatro de la Comedia.

*Voluntad* tuvo un éxito frío. *Doña Perfecta* fué recibida con entusiasmo por el público, alcanzando un éxito brillante.

El 23 de Diciembre de 1896 estrenó *La fiera* en la Comedia, drama político en tres actos en el que se condenan los extravíos del fanatismo. El autor venció no pocas dificultades y triunfó con el asunto.

Por aquellos años hizo Galdós varios viajes por provincias para asistir á las representaciones de sus obras.

En Marzo de 1896 fué á Valencia para asistir al estreno de *Doña Perfecta*. Después estuvo en

Alicante. A su regreso á Valencia asistió á una fiesta popular, el 17 de dicho mes, dada en su honor en la Albufera por el Ayuntamiento y el Ateneo, en la que se quemaron tracas y hubo bailes populares.

También fué á Zaragoza y asistió á una representación de *Doña Perfecta* el 14 de Abril. Más tarde hizo un viaje á Barcelona y el Ayuntamiento le dedicó una brillantísima serenata. Aquella misma noche se representó en el teatro Lírico *Los Condenados.*

En Valladolid asistió á una representación de *Realidad* y en Oviedo presenció el estreno de *La loca de la casa.*

Al día siguiente se celebró un banquete en su honor.

Hubo brindis muy entusiastas de Rivas Moreno, gobernador civil de la provincia, del rector de la Universidad y de D. Melquiades Alvarez.

La estancia del insigne dramaturgo produjo frenético entusiasmo en Oviedo, siendo el escritor admirado por la población en masa.

Más tarde, acompañado de algunos amigos, fué desde Santander á Bilbao por mar, para asistir, en la capital de Vizcaya, á una representación de *La de San Quintín.*

Fué muy obsequiado y, al regresar á Santander, se le tributó una cariñosísima despedida.



## CAPITULO XIV

---

### "ELECTRA"

**El estreno.—Noche inolvidable.—Cómo escribió la obra. —Luchas enconadas.—Vicisitudes que las compañías sufrieron.—Una crisis ministerial.—La campaña clerical.—El dinero de un beneficio.—"Electra" en el extranjero.**

El estreno de *Electra* fué quizás el suceso de más resonancia de la vida de D. Benito Pérez Galdós.

De ahí, que le dediquemos capítulo aparte.

El ilustre dramaturgo nos facilitó curiosas noticias relacionadas con la célebre obra, nos refirió punto por punto cómo la escribió, qué propósitos le animaron á hacerla, qué serie de vicisitudes atravesó su famosa comedia por los teatros de España, y nos habló tanto, en fin, de *Electra*, obra

en la que están concentrados todos sus cariños, que no sería suficiente una simple referencia para dar á conocer al lector el proceso de aquel memorable estreno.

Así, pues, reflejaremos lo que Galdós nos dijo con exacta, con absoluta fidelidad.

Escribió *Electra* en un verano en su casa de Santander. Allí la dejó terminada y cuando al finalizar la estación vino á Madrid, dedicó unos días en la casa de la calle de Hortaleza, donde tenía la administración de sus obras, á hacer las últimas correcciones en la nueva producción dramática.

El día 7 de Enero de 1901 leyó *Electra* á la compañía del teatro Español que comenzaba entonces á actuar bajo la dirección artística del ilustre crítico y poeta D. Federico Balart.

De esa compañía formaban parte, entre otros distinguidos artistas, Paco Fuentes, Ricardo Valero y Matilde Moreno.

Antes había hecho en dicho teatro una brillante campaña la compañía de María Guerrero, y el día que llegó el insigne novelista al coliseo de la Plaza de Santa Ana, aún estaban empaquetando el vestuario y atrezzo los sirvientes de la ilustre actriz.

María Guerrero se encontraba también en el Español, y al ver entrar al fecundo escritor, le dijo: "Bien caliente dejo el teatro, D. Benito. A ver si usted no lo enfría".

Galdós sonrió amablemente, con esa sonrisa bondadosa del gran maestro.

La lectura de *Electra* no dejó bien impresionados al director artístico ni á muchos de los comediantes. Apreciaron, sí, el mérito literario de la obra, pero no abrigaron grandes esperanzas con respecto al éxito.

Comprueba esta afirmación, el siguiente detalle:

En algunos ensayos habló D. Benito de corregir algunas cosas, y convencido D. Federico Balart del dudoso éxito de la obra, contestó á Galdós: "Déjelo así, porque de todas maneras ha de ser igual". Y con esto, el célebre poeta expresaba claramente su pesimismo.

Pero se equivocó Balart y se equivocaron todos los que como él habían pensado.

El día 29 de Enero de 1901, la noche antes del estreno, se hizo en el teatro Español, por primera vez en España, lo que se venía haciendo habitualmente en Francia, un ensayo general con asistencia de numerosas y distinguidas personas que previamente habían sido invitadas.

En aquel ensayo, que tuvo todos los caracteres de una pública representación, se marcó el gran éxito que después obtuvo la obra, y los concurrentes salieron altamente complacidos.

En la noche del 30 de Enero se verificó el estreno. El teatro presentaba aspecto brillantísimo; todas las localidades estaban ocupadas y en palcos

y butacas se veía á lo más saliente del Madrid literario y artístico. Arriba, en las galerías y en el paraíso, se apretaba el pueblo anhelante de conocer y de aplaudir la nueva producción de su gran literato, del escritor que mayores entusiasmos y más intensas sensaciones le sabía despertar.

La expectación crecía de minuto en minuto. Los anuncios que se habían hecho acerca del éxito, los juicios que sobre la obra habían anticipado algunos, los comentarios de la prensa liberal que ayudó grandemente al estreno y la pasión política que había comenzado á exteriorizarse en los periódicos clericales, despertaron el interés del público de tal forma, que en el teatro Español se respiraba aquella noche el ambiente de los grandes acontecimientos.

Se alzó el telón y comenzó la obra entre un silencio profundo. Desde las primeras escenas se despertó el entusiasmo en el público y al acabar el acto las aclamaciones á Galdós se sucedieron ruidosas. De arriba, de las galerías, bajaban los aplausos en ovación cerrada para dejar á los pies del ilustre dramaturgo la ofrenda del pueblo.

La obra siguió en triunfo. Durante los restantes actos se repitieron las aclamaciones y el éxito fué creciendo de una manera rápida, vigorosa, definitiva.

Fué una noche inolvidable. Al terminar la representación, parte del público penetró en el escenario para felicitar á Galdós, mientras en la ca-

lle, frente al coliseo, una gran masa se estacionaba esperando la salida del autor para rendirle un nuevo homenaje.

Y así fué, en efecto. Al salir D. Benito, el público le aplaudió con entusiasmo y le acompañó después hasta su casa, en la calle de Hortaleza, aclamándole sin cesar.

A propósito de este homenaje del pueblo, consignaremos un curioso detalle:

En una de las calles de Vallehermoso vivía un sastre, gran admirador de D. Benito. Este sastre, que sufría una cojera bastante pronunciada, se reunía con frecuencia, para leer obras del insigne literato, con algunos de sus vecinos, también entusiastas decididos de la ilustre personalidad de Galdós. El día del estreno de *Electra*, no pudieron asistir á la representación, por no haber llegado á tiempo para adquirir localidades, pero deseosos de tomar parte en el homenaje que seguramente el público había de tributar al gran escritor, se fueron á la puerta del teatro para conocer el resultado del estreno.

Al acabar éste y organizarse la manifestación que acompañó á D. Benito hasta su casa, formaron en ella, llenos de júbilo, el sastre y sus acompañantes. Aclamando á Galdós, aplaudiéndole con entusiasmo cruzaron mezclados entre la multitud por la calle del Príncipe, Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol y calle de la Montera. Al entrar en la de Hortaleza, el aludido sastre iba

ya rendido á causa de su cojera y causábale gran trabajo seguir á la manifestación. Hacía supremos esfuerzos por no quedarse atrás, redoblaba sus energías para continuar la marcha, pero como todo su vigor habíalo agotado, se apagaron en sus labios los vítores al insigne dramaturgo, falto ya casi de aliento. Alguno de sus acompañantes advirtió el silencio en que avanzaba el sastre, y sorprendiéndole que no continuase vitoreando y aplaudiendo, le dijo:

—¿Pero qué te pasa que no das vivas á Galdós?

El sastre detúvose un instante para poder hablar, y cuando pudo hacerlo exclamó frenético:

—¡Qué viva Galdós, pero que viva más cerca!

*El País* publicó al día siguiente un precioso número dedicado por completo al autor, con las opiniones que "Electra" había merecido á las personas más salientes y distinguidas que asistieron al estreno.

La segunda noche nevaba copiosamente, pero tan ruidoso había sido el éxito alcanzado por *Electra*, que el público, despreciando la baja temperatura que reinaba y sin temor á la nieve que cubría el suelo, llenó el teatro.

¿Para qué relatar el triunfo que la segunda representación obtuvo? Baste decir, que se repitió el éxito de la primera noche. Y de tal forma creció el interés del pueblo por conocer la obra, que el tercer día estaban vendidas todas las localidades para las siete siguientes representaciones. Ochen-

ta alcanzó consecutivas, más veinte que se dieron después en el teatro de Novedades.

—La Prensa y el público—nos dijo D. Benito—tomó con mucho calor el estreno de *Electra*, cosa que hoy ya no pasaría, pues los entusiasmos populares se van apagando bajo la presión de las campañas jesuíticas y las obras son intervenidas por esos elementos que pesan sobre el pueblo como losa de plomo.

Entonces se dijo—añadió—que yo había aprovechado el suceso de la señorita Ubao, que tanta sensación produjo, para escribir mi obra; pero esto no es cierto. Cuando yo comencé á hacer *Electra* en mi retiro de Santander, nadie podía imaginar que tal asunto viniera á conmover á las gentes. El escándalo de la señorita Ubau, ocurrió meses después, cuando yo ya tenía terminada mi obra. Así, pues, *Electra* coincidió únicamente con aquel suceso, como coincidió también con los que se registraron con motivo de la boda del infante D. Carlos con la princesa de Asturias. Ahora bien, todo eso junto dió origen á que hicieran de *Electra* una cuestión política y estallaran las manifestaciones populares que produjeron la caída del Gobierno.

Azcárraga era el presidente del Consejo, Ugarte, ministro de la Gobernación y el conde de Toreno, gobernador civil. A este Gabinete conservador sustituyó otro liberal presidido por Sagasta.

Todas las compañías que actuaban en provin-

cias—siguió diciéndonos D. Benito—hicieron en seguida *Electra* y con motivo de sus representaciones se fueron extendiendo por España las luchas que estallaron en Madrid entre los liberales y neos. Estos últimos hicieron á mi obra una guerra denodada, alentados por su pasión y por su intransigencia. En Toro intentó estrenar *Electra* la compañía que dirigía el primer actor Aguado. Pero antes de comenzar la obra tuvieron que salir escapados todos los artistas para no ser víctimas de las violencias de los clericales. En Santiago de Galicia, la compañía de Carmen Cobeña y Emilio Thuiller, que fué al teatro de aquella población con el propósito de estrenar *Electra*, no encontró donde alojarse. Varios de los artistas que la formaban, tuvieron que pasar la noche en la calle. Tal era la campaña emprendida por los neos para evitar, ó dificultar por los menos, las representaciones de mi obra. En otras muchas poblaciones, el día que se anunciaba el estreno de *Electra* organizaban los clericales jubileos y procesiones, para restar público á la representación. Hasta desde el púlpito y desde el confesonario se hizo ruda campaña contra mi producción dramática.

Al llegar á este punto, hizo D. Benito una pausa. El recuerdo de aquellas luchas, producíale cierta tristeza, mezclada con desdén. Luego sonrió levemente y continuó diciendo:

—Y vean ustedes lo que son las cosas. Al llegar *Electra* en el teatro Español á la sesenta represen-

tación, me dieron un beneficio que resultó brillantísimo y de buenos resultados. El producto de la fiesta se lo entregué íntegro á D. Alberto Aguilera que era alcalde Madrid y á D. Antonio Barroso que desempeñaba el cargo de gobernador civil de la provincia, para que lo repartieran entre los pobres. Hecho el reparto, Aguilera y Barroso me enviaron los recibos que acusaban la forma en que se había realizado y resultaba de ellos que la mayor parte de los donativos se habían entregado á las monjas. La obra no la querían, pero el dinero que ella había producido lo aceptaron con gratitud.

*Electra* fué traducida á todos los idiomas, y los periódicos de diversas naciones comentaron extensamente su estreno en Madrid y las luchas que en España había producido.

Dos años después de estrenada en Madrid, se representó con éxito grande en el teatro de la Port de Saint Martin de París, alcanzó 180 representaciones consecutivas. Después se extendió por los teatros de toda Francia y Bélgica. En Roma obtuvo buen éxito. Ahora ha sido traducida al griego y en breve será estrenada en Atenas.

En Buenos Aires despertó *Electra* tal expectación, que la estrenaron tres compañías á la vez, dándose el caso, que aquí parecería inaudito, de representarse el jueves y viernes santo, por tarde y noche. El número de representaciones que alcanzó en los teatros de América, fué enorme.

Belloso, un amigo de Galdós, que se encontraba en Buenos Aires, llevó la cuenta de lo que hubieran producido al gran novelista las representaciones de *Electra* en aquellos países, de haber abonado los teatros al autor los derechos que le correspondían, y del cálculo resultaba un producdo de doscientas mil pesetas oro. Pero como no existía tratado de propiedad literaria con América, nada cobró el insigne dramaturgo.

En España ascendieron á una cantidad muy respetable los derechos de autor que percibió don Benito por las representaciones de *Electra.*

Entonces no existía la Sociedad de Autores, y la Galería Hidalgo era la que administraba las obras dramáticas de Galdós. Del libro, editó Galdós treinta mil ejemplares que se vendieron.

Hablando de su célebre obra, recordó también D. Benito una nota triste. El notable actor Ricardo Valero que interpretaba muy bien el personaje de *Pantoja*, murió cuando *Electra* llegaba á la duodécima representación. Tomó parte en una función de beneficio que se celebró en Apolo y á la salida sufrió un enfriamiento que no pudo resistir su quebrantado organismo y falleció á los pocos días.

Le sustituyó el actor Valarino.

Por último pronunció Galdós frases de gran elogio para Matilde Moreno por la creación que hizo de *Electra.*

También alabó muy expresivamente el trabajo

de Fuentes y de otros artistas de la compañía que estrenó la obra.

La redacción del *Heraldo de Madrid* regaló á Matildita la preciosa muñeca que sacaba en la comedia.





# CAPITULO XV

---

## LAS ÚLTIMAS OBRAS

**"Alma y vida".—"Mariucha".—Otro éxito brillantísimo.—"El abuelo".—"Pedro Minio" y "Casandra".**

DESPUÉS del inolvidable éxito de *Electra*, continuó Galdós escribiendo como siempre, apartado de las luchas, alejado de los apasionamientos, en el retiro de su despacho de Madrid ó de su casa de Santander. Hombre austero, agradecía los homenajes y las manifestaciones de la opinión pública, pero no influían en su ánimo ni le sacaban de su apartamiento. Siguió trabajando en silencio, intensamente, aumentando con sinceras y honradas producciones su fecunda labor.

El 9 de Abril de 1902 estrenó en el Español *Alma y Vida*. Ya no formaba parte Paco Fuentes de la compañía que actuaba en el citado co-

liseo. Los principales artistas eran Matilde Moreno, Ana Ferri, Emilio Thuiller y Donato Jiménez.

La obra gustó y tuvo un éxito franco. Amalio Fernández hizo para ella un decorado lujosísimo. El vestuario fué también magnífico.

Los enormes gastos que suponía poner en escena *Alma y Vida*, fueron la causa de que no se haya vuelto á representar.

Al año siguiente escribió Galdós *Mariucha*, obra que entregó á la compañía de María Guerrero y Fernando Mendoza, que comenzaban entonces á realizar una brillante tourné por varias poblaciones de España.

El día 16 de Julio de 1903 estrenaron dichos artistas la nueva producción dramática de don Benito, en el teatro Eldorado de Barcelona.

Tuvo buen éxito.

Después la compañía hizo campañas en Lérida, Murcia, Cartagena y Alicante y en todas estas poblaciones estrenó *Mariucha* con el mismo satisfactorio resultado.

En Barcelona, Lérida, Murcia y Cartagena asistió Galdós al estreno de su obra, siendo aclamado por el público.

Cuando en Noviembre del mismo año regresaron á la Corte María Guerrero y Fernando Mendoza y comenzaron á actuar en el teatro Español, dieron á conocer al público madrileño la última producción del gran dramaturgo.

El estreno se verificó en Noviembre de 1903. El éxito fué satisfactorio, aun cuando el público aristocrático la recibió con bastante frialdad. De todos modos, gustó más en Barcelona que en Madrid.

El domingo de Carnaval, 14 de Febrero de 1904, estrenó la misma compañía en el teatro Español *El abuelo*. Después de *Electra*, esta es la obra de Galdós que obtuvo más franco y brillante éxito. Gustó muchísimo y durante toda la noche no cesó el público de aplaudir y aclamar al autor.

El lunes, martes de Carnaval y miércoles de Ceniza se representó por tarde y noche, con llenos enormes.

Fernando Mendoza hizo una verdadera creación del león de Albrit. Así lo oímos de labios de D. Benito. Las niñas fueron interpretadas con gran acierto por Nieves Suárez y Margarita Colorado. Felipe Carsi logró un éxito completo desempeñando el papel de *Don Pío Coronado.*

*El abuelo* duró mucho tiempo en el cartel del teatro Español. Todas las compañías dramáticas de provincias la pusieron después en escena con brillantísimo éxito y aún continúa y continuará muchos años representándose en los teatros de España como obra de repertorio.

El 7 de Noviembre de 1905 se verificó en el teatro de la Comedia, donde actuaba la compañía de Rosario Pino y Enrique Borrás, el estreno de *Amor y Ciencia* que gustó mucho y se repre-

sentó bastantes noches lo mismo en Madrid que en provincias.

El 28 de Marzo de 1905 estrenó en el Español la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, *Bárbara*, obra que había escrito Galdós en 1903.

El éxito que obtuvo fué solamente regular. Mayor hubiéralo alcanzado de no haber ocurrido cosas íntimas que D. Benito no creyó oportuno detallarnos.

El 15 de Diciembre de 1908 se verificó en la Comedia el estreno de *Pedro Minio* y el 28 de Febrero de 1910 la compañía del Español dió á conocer al público *Casandra*, adaptación teatral de la novela del mismo nombre, obras que obtuvieron éxito muy halagüeño.

Recientes están los juicios que la prensa y el público hicieron acerca de las citadas obras y no es, por lo tanto, necesario que los reproduzcamos en estas líneas.

*Pedro Minio* se estrenó en Lara y, aunque tuvo buen éxito, la empresa no creyó conveniente volverla á representar en temporadas sucesivas, determinación poco acertada, porque con ella se complacía á reducido y caprichoso público, pero no se guardaba respeto alguno á las buenas letras.



## CAPITULO XVI

### CONCEPTO LITERARIO

**Ideal de su musa.—El arte, maestro de la vida.—Los contemporáneos.—Galdós, académico.—La novela.—Galdós no es rico.—El premio Nobel.**

Qué opinión tiene usted, D. Benito, acerca de la literatura?

Galdós subióse las gafas, contestándonos:

—No comprendo bien la pregunta.

—Queremos decir si es usted partidario del arte por el arte.

—No, jamás. Creo que la literatura debe ser enseñanza, ejemplo. Yo escribí siempre, excepto en algunos momentos de lirismo, con el propósito de marcar huella. *Doña Perfecta*, *Electra*, *La loca de la casa*, son buena prueba de ello. Mis *Episodios Nacionales* indican un prurito histórico de enseñanza. En pocas obras me he dejado arrastrar por la inspiración frívola.

Hacemos una pausa. Después le preguntamos al gran maestro su opinión acerca de los literatos antiguos y modernos.

—De los antiguos, todos, todos me seducen. ¡He aprendido en ellos tantas maravillas! Los actuales..., muchos y buenos. Benavente me encanta como dramaturgo. Es tan admirable como cualquier astro de otros días y de otros países. Los hermanos Quintero me inspiran también una profunda simpatía. ¡Tienen una gracia tan española, y son pincel tan justo para reflejar las ideas ingenuas! También me gusta Valle-Inclán, Baroja, Palacio Valdés, Ricardo León, Pérez de Ayala... Y no digamos nada del gran Menéndez Pelayo á quien quiero y admiro sinceramente. ¡Como que fué mi contestador en el discurso de ingreso en la Academia Española!

—¿Cuándo ingresó usted en ella, D. Benito?

—El 7 de Febrero de 1897. Mi discurso versó sobre el tema "La sociedad presente como materia novelable". Me contestó, como ya dije, Menéndez Pelayo. Dos domingos después le contesté yo á mi entrañable amigo Pereda, que ingresó aquel día.

—¿Va usted mucho por la Academia?

—Nada. Y miren ustedes. He sido poco asiduo. La distancia, la hora intempestiva de las sesiones...

Después, pasamos á preguntarle su opinión acerca de la novela actual.

Galdós conoce poco de lo modernísimo. Es algo escéptico. Cree, y con sobrada razón, que se escribe mucho, demasiado, pero que se hace con prisa, para salir del paso.

—Y ahora, D. Benito, ¿ha ganado usted mucho con sus obras?

Don Benito movió la cabeza con cierta melancolía.

—He ganado algo.

—Rodrigo Soriano escribió una vez que había ganado usted un millón de pesetas.

—¡Un millón de pesetas! ¡Qué atrocidad! Mucho menos, muchísimo menos. En España se lee poco. Y ahora menos mal. Ahora va creándose el público español la hidalga necesidad de comprar libros. ¡Antes! Antes sólo se compraban las novelas por entregas en las que se engañaba al vulgo y con las que se enriquecieron algunos editores.

—Y diga usted, D. Benito, ¿qué obra le ha producido más dinero?

—*Electra* sin duda alguna. Del libreto vendí treinta mil ejemplares. Ya es algo. Por derechos de representación cobré también bastante. Pero entonces no estaba aún bien constituída la "Sociedad de Autores". Si hubiera sido ahora, en que no queda partida sin abonar, hubiese cobrado, como ya les dije á ustedes en otra ocasión, una enormidad de pesetas.

—De modo, D. Benito, que la riqueza no ha venido á llamar á sus puertas augustas...

—No. Gané para vivir con holgura. No es poco. Ni ambicioné más. Nunca tuve al arte como medio de granjería. Aunque el arte no me hubiera producido nada, hubiera sido esclavo del arte. ¡Da tantas alegrías, y tantas satisfacciones! El dinero viene como de añadidura. Yo mismo les escribiré un capítulo para su libro, contando lo que me han producido mis obras.

Al final encontrará el lector ese capítulo hecho por Galdós.

Luego, abordamos la cuestión del premio Nobel. El premio Nobel ha sido demandado á la Academia de Estockolmo, en petición espontánea por miles de españoles. Pocos hombres se lo merecen tanto. Si el premio Nobel se ha fundado para los grandes creadores que fueron buenos, enamorados del prójimo aun con todas sus flaquezas, para las vidas gigantes y laboriosas, ¿quién podrá en Europa creerse superior á nuestro gran D. Benito?

Algunos de esos que hacen bandera política con todo y por todo, han protestado, antipatrióticos, antirracionales contra el premio para Galdós, fundados en que Galdós es republicano y "amigo de la populachería".

Esto es insensato. Esto es ridículo. Esto es antiespañol. El premio no ha sido pedido para Galdós como jefe de la conjunción republicano-socialista, sino como autor insigne de tantas hermosísimas obras. Disputarle, en este terreno, méritos á

Galdós, es bufo, por no decir, criminal. Alzar á Menéndez Pelayo como banderín adverso, es un fratricidio. Menéndez Pelayo es otro gran español para quien hay que pedir también el premio Nobel. Se lo merece lo mismo que Galdós. Ponerlos en pugna al uno con el otro, protestar ante el extranjero de que á D. Benito se le conceda premio tan bien ganado, es llevar fuera de la Patria torpes convencionalismos. Maura, el insigne, el sincero, el genial, D. Antonio Maura firmaría de buena gana—nos atrevemos á creerlo así de mano tan desapasionada y tan justa,—la petición para su amigo D. Benito. Nosotros la hemos firmado también, modestamente. Como firmaremos mañana con igual entusiasmo otra en homenaje de admiración entusiasta para D. Marcelino. Nosotros les llamaríamos mentecatos á los irascibles que hubieran sacado en andas á Galdós, en el caso de haber sido pedido el premio para Menéndez Pelayo con anterioridad, fundados en que éste es un escritor católico.

Y además, ¡qué alegría tan grande había de producirle al glorioso viejo, verse agasajado por el mundo! Sería un saludo de todas las banderas ante el querido trapo rojo y amarillo.

Como prueba del espíritu de tolerancia de Galdós, de los nobles vínculos que cree deben estrechar á los escritores ilustres aunque profesen ideas contrarias y de respeto á las doctrinas, publicamos más adelante en otro capítulo el admirable

prólogo que el autor de los *Episodios Nacionales* puso á la hermosa novela de Pereda titulada *El sabor de la tierruca.*

Nosotros, cuando le hablamos á Galdós del premio Nobel, sonrió con un poco de esperanza, con un poco de desengaño...



## CAPITULO XVII

### GALDÓS POLÍTICO

**Cómo ingresó en el partido republicano.—La indiferencia de los liberales.—Por segunda vez es elegido diputado.—El bloque.**

Cuando D. Benito Pérez Galdós dejó su representación en Cortes por el distrito de Guayama (Puerto Rico), una vez terminada la legislatura de las Cortes de la Regencia, que se llamó el "Parlamento largo", volvió á dedicar toda su actividad y toda su vida á la labor literaria.

Mejor dicho; dejó de asistir al Congreso, pues como sentía gran indiferencia hacia la política y era ésta para él una cosa muy secundaria, su eleción de diputado á Cortes, no transformó en nada su vida, ni hizo que abandonara un instante sus trabajos literarios.

Así, pues, continuó D. Benito en la misma situación en que se encontraba antes de ser investido con el cargo de representante de la nación, aumentando el prestigio de su pluma con nuevas y notabilísimas obras, y logrando para su nombre mayor admiración y más grandes respetos.

Los liberales no se volvieron á acordar de tan insigne hombre, porque en el campo político sólo se hacen visibles los que zascandilean y se agitan, y en las siguientes legislaturas el partido de Sagasta no supo agregar á su minoría parlamentaria al ilustre literato.

En 1906 cuando ya D. Benito se encontraba totalmente alejado de la política, hasta el punto de que muy pocas de sus palpitaciones le interesaban, recibió en su domicilio la visita de D. Fernando Lozano, *Demófilo*, que pertenecía á la Junta municipal republicana.

*Demófilo* pidió á Galdós en nombre de sus correligionarios, que consintiera que los republicanos le presentaran diputado á Cortes é ingresase en el partido para robustecerlo con su prestigio y con los entusiasmos que su nombre despertaba en el pueblo.

Galdós se negó á satisfacer tal pretensión, apoyándose en que nunca había sido político y en los pocos encantos que para él había tenido siempre la vida pública. Pero *Demófilo* no abandonó su empresa ante esta negativa. Volvió al poco tiem-

po á visitar de nuevo al insigne autor de los *Episodios Nacionales* con idénticos propósitos y obtuvo la misma negativa. Siguió insistiendo, y ya con la tercera entrevista logró convencer á D. Benito, quien le dijo: "Bueno; me lanzaré á esa empresa para ver qué pasa". Luego consultó Galdós su decisión á varios amigos y, por último, autorizó á los republicanos para incluir su nombre en la candidatura de diputados á Cortes, pero con la condición de que también figuraran en ella don Alfredo Vicenti y D. Roberto Castrovido.

La indicación del gran literato fué atendida y esos dos nombres fueron entonces incluídos en la candidatura republicana, y en los cuales no había pensado el partido.

Además de Galdós, Vicenti y Castrovido fueron designados candidatos, Morayta, Morote y Calzada. En aquellos días publicó el fecundo escritor una declaración en los periódicos, haciendo profesión de fe republicana.

Ese documento, con otros muy interesantes relacionados con la vida política de Galdós, lo publicaremos en capítulo aparte.

—La Prensa—nos manifestó D. Benito—recibió con benevolencia mis declaraciones. Sin embargo, á muchos sorprendió mi decisión, sin duda porque no conocían mis ideas que siempre fueron democráticas y porque no se pararon á pensar que, aun cuando retraído y concretado á mi labor literaria, venía siendo casi republicano desde 1880. Y

de algunos de mis actos y de mis escritos así se desprendió en diversas ocasiones.

Comenzaron los trabajos electorales—siguió diciéndonos—y asistí por primera vez en mi vida á un mitin. Luego tomé parte en otros de propaganda que se verificaron en todos los distritos de Madrid. En ninguno de estos actos hice nunca uso de la palabra; me concretaba á leer cuartillas; algunas veces me las leían otros.

A esos mitines—agregó—asistía Carlos Calzada en representación de su hermano Rafael que era el candidato y que entonces se encontraba en Buenos Aires. En aquellos actos conocí á mi actual secretario Pablo Nougués, que pronunciaba casi siempre discursos y me fijé en él por lo bien que hablaba.

Las elecciones—continuó diciendo—fueron muy empeñadas. Los conservadores presentaban en frente de nuestra candidatura otra en la que figuraban los Sres. Prast, Garay y Gutiérrez. Me acuerdo que entonces se preguntaba: "¿Quién es Gutiérrez?" Y Gutiérrez era un hombre excelente, de gran caballerosidad, á quien yo tenía y tengo en gran aprecio. La votación fué un triunfo completo para los republicanos. Al principio creímos que habríamos salido los seis candidatos, pero en el Ayuntamiento se hicieron no sé qué componendas y sólo resultamos elegidos tres, Morote, Calzada y yo. El alcalde era Dato, pero no he de hablar mal de él por lo que ocurrió enton-

ces, porque conmigo se ha portado siempre bien.

Fuí al Parlamento—añadió—y á los pocos días surgió el bloque, por el cual hice cuanto pude. Asistí á un mitin en Barcelona y luego á otro en San Sebastián con Sol y Ortega. Después continué la propaganda con Melquiades Alvarez en otros mitines que se celebraron en Santander y Almería. Al mitin que se celebró en Madrid en el teatro de la Princesa para acordar la formación del bloque, no asistí por encontrarme enfermo.





## CAPITULO XVIII

---

**LA CONJUNCION REPUBLICANO-SOCIALISTA**

**Galdós conoce á Pablo Iglesias.—Una entrevista con Lerroux.—Sol y Ortega, disidente.—Cuarenta y dos mil cuatrocientos diez y nueve electores, eligen por tercera vez diputado al gran novelista.**

DESHECHO ya el bloque, estallaron en Barcelona los sucesos de Julio de 1909.

Estos graves desórdenes y la política seguida por Maura, que ocupaba la presidencia del Consejo de ministros, determinaron la formación de la conjunción republicano-socialista.

—Yo no conocía á Pablo Iglesias ni siquiera de vista—dijo D. Benito,—pero con motivo de las gestiones que se hacían para formar la conjunción, fuí un día á verle con Azcárate. El leader de los socialistas no estaba en un principio dispuesto á unir á su partido con los republicanos, pero después entró en inteligencia con nosotros y se formó la conjunción, pero únicamente para

fines electorales. A fines del verano publicamos Soriano, Romero, Llorente y yo y algún otro caracterizado republicano de los que nos encontrábamos en Madrid, un manifiesto en el que pedíamos, entre otras cosas, el cambio de régimen, pero La Cierva, que era el ministro de la Gobernación, no lo dejó circular.

En los primeros días del Otoño—siguió diciendo—comenzamos las gestiones para lograr que se reunieran las Cortes. Entonces funcionaba ya la Conjunción y la formábamos, Tomás Romero y yo, como diputados de la minoría republicana; Pablo Iglesias y Mora por los socialistas; dos amigos del Dr. Esquerdo, Garande y Cabañas, por los progresistas; Pí y Arsuaga y Félix de la Torre, en representación de los federales, y Joaquín Dicenta por la minoría republicana del Ayuntamiento. Las reuniones las celebrábamos unas veces en la casa de Tomás Romero y otras en la mía. Los lerrouxistas no estaban entonces en la Conjunción ni tampoco los de la unión republicana.

Vino la caída de Maura, añadió—y ocupó Moret el poder.—En el tiempo que este hombre público fué Presidente del Consejo de Ministros, es decir, desde fines de Octubre á principios de Febrero, la Conjunción republicano-socialista continuó en la misma forma, pero constituyendo también parte de ella Rodrigo Soriano. Subió Canalejas al poder, y, al convocarse las Cortes,

comenzamos los trabajos para la formación de la candidatura.

Estando yo en Barcelona, adonde marché para asistir al estreno de *Casandra*, hablé con Lerroux, y conseguí al fin que entrara á formar parte de la Conjunción, lo cual determinó que se incluyera á Salillas en la candidatura que habíamos formado para diputados á Cortes y se eliminara de ella á Sol y Ortega, que rompió entonces casi violentamente con nosotros y se presentó candidato por Málaga. Esta disidencia de Sol y Ortega era ya esperada. Nunca había estado con nosotros de una manera sincera, sino reservado, distanciado. En aquella ocasión y en otras varias, me asqueó un poco la forma en que se hace la política en España. Lo mismo en los partidos monárquicos que en los republicanos hay muchos criterios opuestos, y algunos actos y pensamientos no obedecen siempre al ideal sino que se acomodan á la conveniencia propia.

La candidatura de la Conjunción republicano-socialista—siguió diciendo Galdós—la formaban en aquellas elecciones Esquerdo, Pí Arsuaga, Soriano, Salillas, Iglesias y yo. El triunfo que obtuvimos fué redondo, completo. Todos los republicanos votaron nuestra candidatura, sin hacer caso de disidencias. Yo obtuve la enorme cifra de 42.419 votos, y pocos menos los demás candidatos. La candidatura ministerial logró sólo dos puestos para el conde de Santa Engracia y don

Bruno Zaldo, pero con una diferencia de más de diez mil votos entre el que mayor votación tuvo de ellos y el que menos de nosotros. Y ostentando la representación que el pueblo de Madrid me otorgó entonces, continúo sentándome en el Congreso en los momentos actuales.





# CAPITULO XIX

## CONCEPTO POLITICO

**Los partidos.—Falta de ideal.—Maura.—Los republicanos.—Los socialistas.**

Y aquí entramos en el capítulo quizás más interesante del presente libro. ¡La política! ¿Habrá algo, después de los toros, que le interese tan vigorosamente al público español?

—¿Qué concepto tiene usted de la política actual española?—le preguntamos al jefe de la conjunción republicano-socialista.

Y nos respondió:

—Creo poco, nada en ella. Nuestros partidos políticos no tienen ideal. Se va á ellos buscando medros personales. Romanticismo, amor al país... Esos son conceptos arcaicos en los que nuestra política no cree... desgraciadamente.

—Y Maura, ¿qué le parece á usted, D. Benito?

—Ya les indiqué á ustedes en otra conferencia que me parece un hombre de gran talento, y sobre todo, un hombre de indiscutible sinceridad. Acaso

sea de los hombres más sinceros de la política española.

—¿Y esto lo dice usted, D. Benito?

—Eso lo digo yo porque es verdad, y porque no sé mentir. Claro que sus procedimientos reaccionarios no me gustan. Pero el hombre... El hombre es admirable en Maura. Es preciso hacerle justicia.

Hicimos una pausa en la que saboreamos con delicia aquel súbito, noble y hermoso entusiasmo, propio de un grande hombre más alto que todos los prejuicios y que todas las bajas miserias.

Después, con cierta vacilación, inquirimos:

—Ahora, D. Benito, hablemos de los republicanos.

Don Benito sonrió. Y después, irguiéndose un poco en el sillón, exclamó:

—Que se ocupan con excesivo ardor de cosas pequeñas y no responden á un mismo criterio.

Don Pablo Nougués, este simpático escritor que vive casi todo el día con D. Benito y que conoce todos sus secretos intervino, terció por primera vez en la conversación.

—Pero eso no se puede decir, D. Benito.

Y Galdós, enérgico, viril, exclamó:

—Ya lo creo que se puede decir. Díganlo ustedes.

Esta sincera y noble actitud nos impresionó.

—Y ese partido gubernamental de D. Melquiades Alvarez, ¿qué le parece á usted?

Don Benito sonrió de nuevo.

—Que no entiendo eso. Que no me importa, además, entenderlo. Pero me parece bien siempre y cuando que sea para robustecer la conjunción republicano-socialista.

—Entonces ¿qué predice usted para el porvenir?

—¿Qué preveo? Que todo seguirá lo mismo. Que volverá Maura, y Canalejas, que los republicanos no podrán hacer lo que sinceramente desean, y que así seguiremos viviendo hasta...

—¿Hasta cuándo, D. Benito?

—Hasta que del campo socialista sobrevengan acontecimientos hondos, imprevistos, extraordinarios.

—Entonces ¿cree usted en el socialismo?

—Sí. Sobre todo en la idea. Me parece sincera, sincerísima. Es la última palabra en la cuestión social.

Hizo una pausa el gran escritor. Luego, extendiendo profética una de sus manos venerables, dijo en voz baja:

—¡El socialismo! Por ahí es por donde llega la aurora.

Consideramos que ya nos había dicho bastantes cosas acerca de la política el insigne literato, y nos despedimos respetuosos.

Luz de sinceridad oscilaba en sus pupilas ciegas.



# CAPITULO XX

---

## DOCUMENTOS POLITICOS

**Galdós explica su ingreso en el partido republicano.—Su protesta contra la política del gobierno conservador en 1909.—Mensaje dirigido á los elementos que constituyeron el bloque.**

A continuación publicamos tres interesantes documentos políticos de Galdós, á los que nos hemos referido en uno de los capítulos anteriores.

Reproduciremos en primer lugar el mensaje que, explicando su ingreso en el partido republicano, envió el 6 de Abril de 1907 á D. Alfredo Vicenti, director de *El Liberal*, siendo publicado en este periódico, y en otros de la corte. Dice así:

## GALDÓS REPUBLICANO

*Sr. D. Alfredo Vicenti.*

Mi querido amigo: Teniendo que ausentarme de Madrid, espero de su buena amistad que me preste su voz y su corazón para expresar á los republicanos de ese distrito lo que mi voz y el corazón mío no pueden hoy manifestarles. Lo primero es que de mi amor entrañable al pueblo de Madrid dan testimonio treinta y cinco años de trato espiritual con este noble vecindario. No necesito decir cuánto me enorgullece ostentar un lazo de parentesco ideal con el estado llano matritense, en quien, desde principos del pasado siglo, se vincularon el sentimiento liberal y la función directiva; lazo de parentesco también con las muchedumbres dsvalidas y trabajadoras. La acción de éstas se ha manifestado en la Historia, como acreditan páginas inmortales; se manifiesta siempre en la vida común del pueblo, como atestiguan su tenaz lucha por la existencia y su constancia en el sufrimiento.

Diga usted también que he pasado del recogimiento del taller al libre ambiente de la plaza pública, no por gusto de la ociosidad, sino por todo lo contrario. Abandono los caminos llanos y me lanzo á la cuesta penosa, movido de un sentimiento que en nuestra edad miserable y femenil es con-

siderado como ridícula antigualla, el patriotismo. Hemos llegado á unos tiempos en que al hablar de patriotismo parece que sacamos de los museos ó de los archivos históricos un arma vieja y enmohecida. No es así: ese sentimiento soberano lo encontramos á todas horas en el corazón del pueblo, donde para bien nuestro existe y existirá siempre en toda su pujanza. Despreciemos las vanas modas que quieren mantenernos en una indolencia fatalista; restablezcamos los sublimes conceptos de Fe nacional, Amor patrio y Conciencia pública, y sean nuevamente bandera de los seres viriles frente á los anémicos y encanijados.

Jamás iría yo adonde la política ha venido á ser, no ya un oficio, sino una carrerita de las más cómodas, fáciles y lucrativas, constituyendo una clase, ó más bien un familión vivaracho y de buen apetito que nos conduce y pastorea como á un dócil rebaño.

Voy adonde la política es función elemental del ciudadano con austeras obligaciones y ningún provecho, vida de abnegación sin más recompensa que los serenos goces que nos produce el cumplimiento del deber.

A los que me preguntan la razón de haberme acogido al ideal republicano les doy esta sincera contestación: tiempo hacía que mis sentimientos monárquicos estaban amortiguados; se extinguieron absolutamente cuando la ley de Asociaciones planteó en pobres términos el capital problema

español; cuando vimos claramente que el régimen se obstinaba en fundamentar su existencia en la petrificación teocrática. Después de esto, que implicaba la cesión parcial de la soberanía, no quedaba ya ninguna esperanza. ¡Adiós ensueños de regeneración, adiós anhelos de laicismo y cultura! El término de aquella controversia sobre la ley Dávila, fué condenarnos á vivir adormecidos en el regazo frailuno, fué añadir á las innumerables tiranías que padecemos el aterrador caciquismo eclesiástico.

En aquella ocasión crítica sentí el horror al vacío, horror á la axfisia nacional, dentro del viejo castillo en que se nos quiere tapiar y encerrar para siempre, sin respiro ni horizonte. No había más remedio que echarse fuera en busca de aire libre, del derecho moderno, de la absoluta libertad de conciencia con sus naturales derivaciones, principo vital de los pueblos civilizados. Es ya una vergüenza no ser europeos más que por la geografía, por la ópera italiana y por el uso desenfrenado de los automóviles.

Al abandonar, ávido de aire y luz el ahogado castillo, veo en toda la extensión del campo circundante las tiendas republicanas. Entro en ellas; soy recibido por sus moradores con simpatía, como un combatiente más, y al mostrarles mi gratitud por su fraternal acogimiento, les digo: "Sitiadores, agrandad vuestras tiendas, que tras de mí han de venir muchos más. Muchos vendrán con-

forme se vayan recobrando de la pereza y timidez que entumecen los ánimos. Las deserciones del campo monárquico no tendrán fin: los desaciertos de la oligarquía serán acicate contra la timidez; sus provocaciones, latigazos contra la pereza. Vuestra legión, ya muy crecida, será tan grande que para rendir el castillo no necesitará emplear las armas. Triunfará con un arma más fuerte que la fuerza misma, con la lógica formidable, que siempre, en la debida sazón, engendra los hechos históricos".

Para concluir, recomiendo al amigo otra manifestación que debe hacer en mi nombre. Ingreso en la falange republicana, reservándome la independencia en todo lo que no sea incompatible con las ideas esenciales de la forma de Gobierno que defendemos. Coadyuvaré en la magna obra con toda mi voluntad. No me arredra el trabajo. Cada cual tiene su forma personal de transmitir las ideas. La forma mía no es la palabra pronunciada, sino la palabra escrita, medio de corta eficacia, sin duda, en estas lides. Pero como no tengo otras armas, éstas ofrezco, y éstas pongo al servicio de nuestro país.

Identificado con mis dignísimos compañeros de candidatura, iré con ellos y con toda la inteligente y entusiasta masa del partido, á las batallas que hemos de sostener para levantar á esta nación sin ventura de la postración en que ha caído. Sin tregua combatiremos la barbarie clerical has-

ta desarmarla de sus viejas argucias; no descansaremos hasta desbravar y allanar el terreno en que debe cimentarse la enseñanza luminosa, con base científica, indispensable para la crianza de generaciones fecundas; haremos frente á los desafueros del ya desvergonzado caciquismo, á los desmanes de la arbitrariedad enmascarada de justicia, á las burlas que diariamente se hacen de nuestros derechos y franquicias á costa de tanta sangre arrebatadas al absolutismo. Y por fin acudiremos al socorro de la nacionalidad, si, como parecen anunciar los nubarrones internacionales, se viera en peligro de naufragio total ó parcial, que nada está seguro en estos tiempos turbados, y en los más obscuros y tempestuosos que asoman por el horizonte. Salud á todos, y unión y firmeza.

De usted invariable amigo,

BENITO PÉREZ GALDÓS

6 Abril 1907.

---

La protesta de Galdós contra la política, seguida por el gobierno presidido por Maura, en 1909, que insertaron varios periódicos y se leyó en diversos actos públicos, es la siguiente:

### AL PUEBLO ESPAÑOL

Ha llegado el momento de que los sordos oigan, de que los distraídos atiendan, de que

los mudos hablen. El que esto escribe, teniéndose por el más mudo de los hombres, se atreve á sacar del pecho una voz, y arrojarla, como piedra en el charco, en la dormida superficie de la nación española, para que ésta rompa el estupor medroso con que contempla los desatinos de política y guerra que la llevan á insondables precipicios.

Hablo sin que nadie me lo mande, y respondo sin que nadie me lo pregunte, por irresistible impulso de mi conciencia y exaltación de mi fe en el porvenir de la patria, sin evocar otro título ni otro fuero que el fuero y título de español, porque esto basta y sobra para opinar públicamente en días de peligro. Ni aun tomaré el nombre y razones del partido político á que pertenezco. Quiero subirme adonde pueda encontrar la máxima extensión de auditorio.

Bien sé que no tengo autoridad; sé también que en este caso no la necesito. Un sentimiento inefable, la grave aflicción ante los males presentes y ante los que dejan entrever los sombríos horizontes me habilitan para decir á mis conciudadanos lo que estimo verdadero y saludable, y lo digo sin temor y sin reserva. Mi patriotismo es de puro manantial de roca, intenso, desinteresado, y con él no se mezcla ningún móvil de ambición.

Ya es hora de que afrontemos las calamidades de estos tiempos, los más azarosos que he visto en cuarenta años, ó más, de presenciar la corriente vi-

va de la Historia. Ya es hora de oponer á los atrevimientos de nuestros gobernantes algo más que el asombro seguido de resignación fatalista, algo más que las maldiciones murmuradas, algo más que las protestas, semejantes á cohetes que estallan con luces y ruido, apagándose al punto en cobarde silencio. Forzoso es que alguien, sea quien fuere, clame ante la faz atónita del pueblo español incitándole á contener enérgicamente las insensateces de los que trajeron la guerra del Rif, sin saber lo que traían, que la desrrollaron y extendieron atropelladamente, tropezando en la tragedia y levantándose con arrestos heroicos, que un día proclaman alegrías de paz y al siguiente nos llaman á mayor guerra, y ahora, arrastrados de la fatalidad, se ven en el forzoso compromiso de agrandar la acción ofensiva con amplitudes desproporcionadas, que no tendrán cabida en el marco modestísimo de nuestro estado financiero y militar. Los inventores de estas descomunales aventuras no cuentan con el agotamiento del acervo nacional en sangre y recursos, y comprometen gravemente al Ejército de la Patria, animoso, sufrido, dotado de un extraordinario vigor físico y moral, Ejército que funda su tradicional prestigio en la Historia, no en los Libros de Caballerías. Si sobreviene un apretado caso de honor, Ejército y Patria darán cuanto se les pida, pero con su correspondiente cuenta y razón. Para una campaña de honor con finalidad conocida y á la

luz del sol, cuanto se quiera; para campañas de vanagloria infecunda en las tinieblas, nada.

Me determino á lanzar estas voces para dulcificar el amargor de la pasividad en que vivimos, condenando y sufriendo, maldiciendo y callando. A este Limbo de estúpida somnolencia nos ha traído la acción jesuítica, que de algunos años acá viene depositando sobre el alma española el plomo de la indiferencia, de la inhibición y del egoísmo.

Es el nirvana gris que entumece los cerebros y paraliza las voluntades. Hace poco, al presentarse los primeros síntomas agudos de la grave dolencia hispana, he visto las caras de las esfinges políticas, jefes de partidos y subpartidos. El quietismo y el *ojalá* funesto dominan en las respetables facciones de los llamados prohombres. De su boca sale un gemido lastimero, pero nada más que el gemido, y sus cuatro garras permanecen sin el menor movimiento, clavadas en sus marmóreos pedestales. Todo lo fían, todo lo esperan de la función parlamentaria, sin considerar que el Gobierno, ya en estado de delirio furioso, tratará de sustraer á las minorías la función parlamentaria, siempre que aquéllas no le lleven al Congreso y Senado los precisos acomodos para asegurarle la irresponsabilidad y un año más por lo menos, de orgía dictatorial. Tiempo tendrán, pues, las esfinges de echar otra larga siesta junto al lecho de España moribunda.

Que la Nación hable, que la Nación actúe, que la Nación se levante, en el sentido de vigorosa erección de su autoridad; que no pida al Gobierno lo que éste, enredado en la maraña de sus desaciertos, no puede dar ya: verdad en las informaciones de la guerra; orden, serenidad y juicio de sus acuerdos políticos y militares. Juzgando con benevolencia las intenciones, puede decirse que el Gobierno quiere hacer las cosas derechas y le salen torcidas. En él hay un caso de epilepsia larvada. Lo que España debe pedir á sus actuales gobernantes es que se ausenten del trajín de los asuntos públicos y tras los daños causados, reparen sus yerros, que si lo hicieran con el rosario no habrá ninguno con número bastante de cuentas para llegar al fin.

Si se viera la nación en el duro trance de mayores sacrificios, líbrela Dios de dar á estos hombres ni el valor de una gota de sangre y de una triste peseta. Pónganse estos preciosos dones en manos distintas de las que nos han tejido esta envoltura funeraria. La desaforada aventura de la guerra del Rif y las enormidades de Barcelona, reclaman enmienda urgente. La paz en una y otra parte no puede venir sino por la labor prudente de otras cabezas y de otras manos. ¡Ay de España si no tuviera entre sus hijos cabezas y manos que sepan poner fin á males tan fieros!

Me lanzo á esta temeraria invocación esperando que á ella respondan todos los españoles de

juicio sereno y gallarda voluntad, sin distinción de partidos, sin distinción de doctrinas y afectos, siempre que entre éstos resplandezca el amor de la patria, así los que hacen vida pública como los que viven apartados de ella, lo mismo los que saborean todos los goces de la vida que los que sólo han conocido penas y sufrimientos, los que sirven á la nación en esferas civiles y militares, ó en los extensísimos campos del arte y las letras, de la ciencia, del comercio y de la industria. Revístanse de la invulnerable personalidad de ciudadanos españoles, proclamen su derecho al sentir político, al opinar y al pedir imperiosamente las reparaciones del derecho, la paz honrosa, el despejo de las horrendas nubes que cierran el camino á nuestras ansias de buen gobierno, de bienestar y de cultura.

Unidos todos, encaminemos hacia su término la guerra del Rif, añadiendo al fulgor de las armas la lucidez de los entendimientos en cuanto se relacione con la política internacional. Apaguemos de un soplo los cirios verdes que alumbran el siniestro Santo Oficio, llamado por mal nombre *Defensa Social*, vergüenza de España y escándalo del siglo, y pongamos fin á las persecuciones inicuas, al enjuiciamiento caprichoso, á los destierros y vejámenes, con ultraje á la Humanidad y desprecio de los derechos más sagrados. No estorbemos á la justicia, sino á la desenfrenada arbitrariedad y al furor vengativo. No temamos que

nos llamen anarquistas ó anarquizantes, que esta resucitada Inquisición ha descubierto el ardid de tostar á los hombres en las llamaradas de la calumnia. Ya nos han dividido en dos castas: *buenos* y *malos*. No nos turbemos ante esta inmensa ironía. Rellenemos las filas de los *malos* que burla burlando, á la ida contra el enemigo, seremos *los más*, y á la vuelta *los mejores*.

Ya es tiempo de que se acabe tanta degradación y el infamante imperio de la mayor barbarie política que hemos sufrido desde el aborrecido Fernando VII.

Aunque sólo hablo como español, entiendo que mis últimas palabras han de ser para mis correligionarios, que de ninguna excitación necesitan para demostrar en todo caso su acendrado patriotismo. Los republicanos serán los primeros que acudan á levantar un fuerte muro entre España y el abismo.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Madrid 5 de Octubre 1909.

---

MENSAJE DE DON BENITO PÉREZ GALDÓS, QUE SE LEYÓ EN EL MITIN DE LA CONSTITUCIÓN DEL "BLOQUE"

*Sr. D. Miguel Moya.*

Mi querido amigo: Ni por ocupaciones ni por enfermedades dejo yo de acudir, en las presentes

circunstancias, al llamamiento de usted y de nuestros ilustres compañeros. No quiero ser el último que forme en el séquito de la España Liberal, que ahora, tras larga y sombría somnolencia, se nos presenta de nuevo en su ser majestuoso, avanzando á cortar el paso á las demasías del despotismo.

Tanto tiempo hacía que no contemplábamos esta gallarda figura, artífice insuperable de nuestra Historia en el pasado siglo, que su reaparición nos conforta, nos enardece, y en nuestras almas infunde júbilo y esperanza: ella desacredita con sólo una mirada la moda pesimista. Ella, con sólo un gesto, invierte otras modas impuestas por la cobardía y la necedad. Muchas actitudes que se tenían por elegantes dejan de serlo, y á poco más perderá su engañoso prestigio la inmensa cursilería reaccionaria y clerical.

En compañía de la excelsa matrona vamos todos: junto á ella, los que poseen el divino verbo; detrás, en la caravana de los creyentes silenciosos, los que formamos la gran muchedumbre democrática. Los oradores esclarecen y guían; los demás acaloramos la acción con nuestra fe y el constante ardimiento de nuestros corazones.

En todas las imágenes de la Madre Española los siglos la representaron siempre acompañada de un soberbio león, símbolo heráldico de nobleza, símbolo del heroismo, del orgullo fiero, de la virtud, del honor, de la dignidad, del derecho; sím-

bolo también de las majestades real y popular que constituyen la Soberanía.

Mi patriotismo ardiente, quizás por demasiado ardiente algo candoroso, me encariña con el amaneramiento artístico del león furibundo, arrimado á las faldas de la gloriosa Divinidad patria. Me encantan estas cosas viejas, representativas de sentimientos que laten en nosotros desde la infancia. La presencia del arrogante escudero de nuestra Madre nos embelesa de admiración y fortifica el amor inmenso que le profesamos. A él nos dirigimos, y con voces de emoción fraternal le decimos:

"Conserva en todo momento, león mío, tu dignidad y tu fiereza. Cuídate de inspirar respeto siempre y el santo miedo cuando sea menester. Tú que fuiste siempre el emblema del valor, de la realeza, de la gloria militar y de la gloria artística; tú que fuiste el Cid, el Fuero Juzgo, la Reconquista, Cervantes, la espada y las letras, no olvides que en el giro de los tiempos has venido á ser la ciudadanía, los derechos del pueblo, el equilibrio de los poderes que constituyen la Nación. No te resignes en ningún caso á ser león de circo, ni te dejes someter por el hambre y los golpes, dentro de una jaula, á ejercicios de mentirosa fiereza que sólo conducen al aplauso y provecho de tus audaces domadores. Considera, león mío, que no sólo eres hoy emblema de la ciudadanía, sino del trabajo. Eres fuerza creadora de riqueza, colabo-

rador en la grande faena del bienestar universal, eres la cultura de todos, la vida fácil de los humildes, la serenidad de las conciencias, y bien penetrado de tu misión presente, destroza sin piedad á los que quieren apartarte del cumplimiento de tus altos fines".

Los que en una larga vida hemos presenciado los fragorosos triunfos y caídas del Principio Liberal en el último medio siglo, podemos decir con seguro conocimiento que la reacción por que ahora se nos encamina es de las más tenebrosas y deprimentes. La labor ha sido lenta y taimada, disimulada en largos años de fariseísmo mansurrón y catequesis mañosa de las voluntades débiles. Poco á poco, con suave gesto y voces blandas, se nos ha ido conduciendo y acorralando; quieren llevarnos al limbo de la tristeza, del pasivismo y de la imbecilidad, y en este limbo nos estancaríamos formando una masa servil y pecuaria, si no nos sublevásemos contra estos nuevos pastores, en los cuales hay de todo: lo español y lo extranjero, lo divino y lo humano.

En angustiosa zozobra hemos vivido durante algún tiempo, viendo aletargado el brío de la raza, y apagado en nuestro pueblo el amor santo á la vida sosegada dentro del organismo constitucional. Pero, al fin, cuando nuestro desaliento tocaba ya en la desesperación, hemos visto que un resoplido harto imprudente ha levantado de las brasas mortecinas esta llama que nos alienta, nos

alumbra y nos vivifica. Ya vuelven el alma y la vida á nuestros cuerpos desmayados; ya tenemos fe, ya tenemos coraje, ya reluce ante nuestros ojos el ideal, que más que luz extinguida, era estrella eclipsada.

Los hombres insignes que encarnan las aspiraciones democráticas en sus diferentes grados de intensidad, demuestran con su sola presencia en este sitio, con su aproximación fraternal que los sacrosantos derechos de la personalidad humana no perecerán en la celada torpemente armada contra ellos. Sus elevadas inteligencias no necesitan ningún estímulo: harto conocen todos la técnica y la historia de estos clarísimos problemas. El pueblo español, que de ellos espera la conservación de los bienes existentes y la restitución de los sustraídos, libertad de pensamiento y de la conciencia; cultura, trabajo, equilibrio económico, sólo les diría: "Poned fuego en vuestros corazones".

Ninguno de los aquí presentes dejará de sentir en su alma una secreta voz que reproduzca, sin ninguna variante, un concepto del primer estadista español del siglo XIX, del glorioso, del inmortal Prim: "¡Radicales, á defenderse!"

Benito Pérez Galdós



## CAPITULO XXI

---

### GALDOS, ORADOR

**En el Congreso.—Apoyando un mensaje.—En un mítin electoral.**

Existe la creencia de que D. Benito no ha pronunciado nunca un discurso.

Tal creencia es equivocada.

Galdós ha hablado ante los representantes de la nación y ante el pueblo.

¿Dónde?

Una vez, en el Congreso, el día que se presentó á la Cámara popular un mensaje suscrito por cincuenta mil firmas, pidiendo que se declarara una vacante que existía de diputado á Cortes por Madrid y se procediera á nueva elección.

Ese mensaje había sido iniciado por los repu-

blicanos, con el propósito de presentar candidato al Sr. Macías del Real, y D. Benito hizo uso de la palabra para apoyar la petición.

D. Eduardo Dato ocupaba la presidencia del Congreso, y en el momento de decir "el Sr. Pérez Galdós tiene la palabra", se produjo en el salón de sesiones un movimento de curiosidad.

Galdós pronunció un breve discurso que fué escuchado con atención por toda la Cámara.

También habló D. Benito en una reunión que celebróse en un centro republicano establecido en la calle de Carretas, para proponer se recogieran las firmas que figuraron después en el mensaje anteriormente citado.

¡Y hasta en un mitin ha usado de la palabra! Se celebró aquella reunión en el *cine* de la calle de la Flor, y tuvo carácter electoral.

Y aquí terminan los datos de Galdós, orador.

Ahora agregaremos unas líneas por nuestra cuenta, para demostrar que el hecho de que el jefe de la conjunción republicano-socialista no interviniera en los debates parlamentarios, no supuso nunca pasividad en su cargo, ni abandono de sus obligaciones como representante del país.

Hasta que su afección á la vista le obligó á retirarse á su domicilio, cumplió sus deberes de diputado con exquisito celo, asistiendo á todas las sesiones, tomando parte en toda votación de importancia, y secundando la labor parlamentaria de su minoría.

Y como jefe de la conjunción republicano-socialista, su actividad no pudo ser más intensa en estos dos últimos años.

Asistió á casi todos los actos púbicos, leyó cuartillas en numerosos mitines, y su labor directiva se destacó con gran relieve.

Después de las elecciones de diputados á Cortes en 1910, se suscitó en el Congreso la cuestión del cemento, de la cal y de las aguas de Barcelona, y como consecuencia de las complicaciones del debate, se separó Lerroux de la Conjunción republicano-socialista.

Ante este suceso, se entablaron negociaciones con la Unión Federal Nacionalista Republicana de Cataluña, para que ingresara en la Conjunción, y en ella tomó activa parte D. Benito, lográndose el fin que se perseguía.

Poco después se celebró en Madrid la asamblea de la Unión republicana, en la que surgieron diferencias entre conjuncionistas y los amigos del Sr. Sol y Ortega, pero merced á los acertados trabajos que á continuación se hicieron, dirigidos por Galdós, logróse que quedara dentro de la Conjunción la Unión nacional repubicana, constituyéndose un nuevo comité en la forma siguiente:

Presidente: D. Benito Pérez Galdós.

Como representante de los republicanos gubernamentales: D. Gumersindo Azcárate y D. Melquiades Alvarez.

Idem de los progresistas: D. Manuel Carande y D. Francisco Cabañas.

Idem de los federales: D. Félix de la Torre, don Francisco Pí y Arsuaga y D. José M.ª de la Torre Murillo.

Idem de los socialistas: D. Pablo Iglesias y don Francisco Mora, que sustituyó á García Cortés.

Idem de los Nacionalistas de Cataluña: D. Joaquín Salvatella y D. Luis Zulueta, como suplentes, y D. José Zulueta y el Sr. Vallés y Rivot, como propietarios.

Idem. de los radicales de la Conjunción: don Rodrigo Soriano y D. Pablo Nougués.

Idem de la Unión Nacional republicana: don Pedro Armosa y el senador Sr. Ulargui, como propietarios, y D. Rosendo Castells y D. Luis Talavera, como suplentes.

En todo el desenvolvimiento de la vida política de la Conjunción republicano-socialista ha seguido trabajando Galdós intensamente. Hoy ya no puede hacerlo por su afección á la vista, y le sustituye D. Gumersindo Azcárate.

Y consignaremos, para terminar, un detalle que demuestra la intensa participación que tenía D. Benito en los trabajos del partido que dirige.

Cuando se recogieron las 50.000 firmas que suscribieron el Mensaje que presentó á las Cortes, pidiendo al gobierno que se declarase la vacante que existía de diputado á Cortes por Madrid, y se procediera á nueva elección, cayó sobre los

elementos republicanos encargados de llevar á cabo tal misión, un trabajo enorme.

El día que fueron entregadas las diversas listas de firmas en el centro de la calle de Carretas, para proceder al recuento, Pablo Nougués, el secretario de D. Benito, que era el encargado de realizar la labor, tuvo que permanecer trabajando en el citado centro, desde las nueve de la mañana hasta las seis de la misma del día siguiente.

Galdós le acompañó en la tarea, y hasta las once de la noche no se retiró á descansar.





## CAPITULO XXII

---

### GALDÓS, ÍNTIMO

**De la mañana á la noche.—Trabajando.—Vida austera. Sus aficiones.—Soltero.—Cómo vive el gran novelista.**

He aquí, lector, el capítulo que anhelante buscabas en este libro para completar el conocimiento de la gloriosa existencia de Galdós con esos detalles de la vida íntima que reflejan las costumbres, los hábitos, las aficiones y los afectos de los hombres.

Después de tan repetidas y frecuentes visitas á la casa de D. Benito, después de tan inolvidables conversaciones en las que el maestro hizo desfilar ante nosotros su vida entera, era lógico pensar que llegásemos á conocer sus intimidades.

En efecto; una visión completa tenemos de

Galdós íntimo, de Galdós en el tranquilo apartamiento de su hogar, de Galdós en su casa. Para lograrla no nos fué preciso ningún esfuerzo. Las puertas del precioso hotel de la calle de Don Hilarión Eslava se abren francas y espontáneas cuando un buen deseo ó una leal amistad llama á ellas, y, el que penetra descubre en seguida cómo Galdós vive, que no habiendo allí antesalas ni esperas, se llega recto á la presencia del insigne hombre y se le sorprende en su vida íntima.

Y podemos, lector, decirte por adelantado que esa vida del escritor glorioso, es una vida austera, sosegada, plácida, ejemplar. Una vida en la que el trabajo es una distracción y el cariño de la familia el compendio de todas las aspiraciones.

Don Benito abandona el lecho muy temprano, cuando el sol nace y lanza sobre Madrid sus fulgores, inundándolo de luz.

A las cinco de la mañana en el verano, á las siete en el invierno, ya está en pie.

Se desayuna, y, acto seguido, penetra en su despacho. En su muelle butaca se arrellana, enciende un cigarro puro, y, fumando, espera la llegada de Donato, un joven que acude siempre á leerle los periódicos de la mañana.

Mientras llega, se pone en actividad su portentosa inteligencia refrescando impresiones, redondeando ideas, planeando asuntos á los que ha de dar después forma en la labor literaria.

Cuando Donato aparece comienza la lectura de

periódicos. *El Liberal* y *El País* son los predilectos. D. Benito con los ojos cerrados bajo las negras gafas, y derrumbado en la butaca, escucha atento. De vez en cuando interrumpe la lectura para decir:

—Adelante, adelante. Otra cosa.

El joven arrecia entonces en su rápido leer, pasando veloz por muchas informaciones, saltando párrafos enteros.

Las secciones políticas interesan poco al ilustre oyente. Los sucesos corren igual suerte. Las informaciones del extranjero y provincias son ya objeto de más detenida lectura y más aún las reseñas y críticas de arte ó de teatro.

Después se despide el que ha leído y se marcha.

A poco, llega Pablo Nougués, el joven escritor, secretario de D. Benito, y se reanuda la labor literaria que quedó interrumpida el día anterior.

El secretario se sienta á la mesa de trabajo, una mesa memorable en la que escribió Galdós durante muchos años y sobre cuyo tablero quedaron esparcidas, conforme iban siendo grabadas por la pluma insigne, páginas de *Gloria*, de *Marianela* y de otras muchas célebres obras.

Don Benito dicta arrellanado en su butaca y fumando cigarros puros de veinte céntimos, uno tras otro. De vez en vez hace pausas y en el silencio en que se queda la estancia, parece oirse el aleteo de aquella soberana inteligencia que medita.

Pablo Nougués escribe lento, dejando en las cuartillas una letra clara, redonda, de rasgos vigorosos. En una página y en otra y en muchas, va adquiriendo forma *Cánovas*, un nuevo *Episodio Nacional*.

Si alguna visita llega, interrumpe D. Benito el trabajo para recibirla. Terminada la entrevista, reanuda la labor que dura siempre hasta las once y media, hora en que sale á dar un paseo en coche.

A la una, regresa; come y vuelta al despacho, vuelta á dictar hasta las cinco.

Otro paseo hasta las seis, y á esta hora á trabajar de nuevo en su hotel hasta las ocho y media.

A las nueve cena D. Benito y á las diez se acuesta. Un sueño tranquilo y reparador pone nuevas energías en aquel cerebro que mientras está despierto no sabe ser ocioso.

Y así se desliza su vida presente.

¿Su vida pasada?

Ten lector, por cierto, que tuvo gran semejanza con la que ahora hace, pues de las noticias que van en los anteriores capítulos se desprende claramente que la vida de Galdós fué siempre tranquila, concentrada, una vida de trabajo y de estudio, alegrada por las sensaciones de interesantísimos viajes y por las charlas amenas de las tertulias del Ateneo y del salón de Conferencias del Congreso.

Aun en su juventud, fuera de la lucha por

triunfar en su arte, una lucha que se dulcificó pronto ante el caudal de méritos y talentos del gran escritor, no tuvo la vida de D. Benito palpitaciones fuertes ni azarosas.

—¿Por qué no nos cuenta usted—le preguntamos en una ocasión—algo de los amores de su juventud, de...?

Don Benito nos atajó diciendo:

—Ese es un aspecto de mi vida que no tiene nada de interesante. Nunca sentí la necesidad de casarme, ni yo puse empeño en ello.

No quisimos insistir. D. Benito nos hablaba con sinceridad.

¿Sus aficiones?

El campo, los viajes, el arte en todos sus aspectos.

La pintura le seduce. Desde muy joven manejó los lápices y los pinceles, mostrando excelente disposición.

En sus primeros años, y cuando aún no había salido de Las Palmas, obtuvo una mención honorífica en la Exposición provincial celebrada en Santa Cruz de Tenerife en 1862, por sus dibujos "La Magdalena" y "Un boceto histórico" y por su cuadro al óleo "Una alquería".

Después siguió cultivando por mera afición el arte pictórico. Hace algunos años, acompañado de Maura, gran cultivador también de la pintura, hizo Galdós algunos cuadros en Santander. Juntos salían al campo para pintar. En el despacho de su

casa de la capital del Cantábrico, se contempla una acuarela del jefe de los conservadores, dedicada muy expresivamente al gran novelista.

También es Galdós muy aficionado á la música. Hubo un tiempo en que ejecutaba con frecuencia diversas composiciones en un armonium que aún conserva en su finca de Santander.

¿Más noticias de Galdós íntimo?

Es muy despreocupado para vestir, y además dice que no debe interesar eso á la gente, por ser cosa secundaria.

Come poco. Ha tenido temporadas en que no cenaba otra cosa que un par de huevos pasados por agua. Las comidas de fonda no le han gustado nunca.

Fuma mucho, á todas horas, constantemente. Después del desayuno y de las comidas, enciende siempre un caruncho. En el resto del día fuma cigarros puros de veinte céntimos, de los de nueva elaboración, intercalando alguna panetela. ¿Pitillos? Alguno que otro, muy pocos.

Es enemigo del teléfono por las molestias que da. No ha querido nunca instalarlo en su casa para poder estar tranquilo, pues de tenerlo no le dejarían vivir, llamándole constantemente.

Todos los jueves por la noche van á visitar al maestro dos paisanos suyos, *Angel Guerra* y Pepe Lara. Son de confianza, y D. Benito los recibe aun cuando esté acostado.

De los escritores jóvenes le visitan también con

mucha frecuencia, Ricardo León, Luis Bello, Pedro de Répide, Macías del Real y Pérez de Ayala, cuando se encuentra en Madrid.

Todos los días va tres veces al hotel de D. Benito, Gerardo Peñarrubia, dependiente de la librería de Hernando, y persona á quien Galdós aprecia mucho, pues durante algún tiempo le tuvo á su servicio en la administración de sus obras, en la calle de Hortaleza.

Cuando á D. Benito se le ocurre algún encargo, á Peñarrubia se lo recomienda.

Y nada más, lector, podemos contarte de las intimidades del gran maestro.





## CAPITULO XXIII

### RASGOS Y ANÉCDOTAS DE GALDÓS

**El primer secretario.—Cocheros predilectos.—Un buen muchacho.—Al que se hace de miel...--Carta pintoresca. —¿Cuál es la legítima?—Otras notas.**

La vida de Galdós es tan poco conocida del público, á pesar de ser el escritor más popular de España y el que mayores raíces tiene en el pueblo, que no se cuentan rasgos y anécdotas del maestro, como ocurre con otros hombres insignes.

Y sin embargo, la vida del autor de los *Episodios Nacionales* está llena de rasgos salientes y de anécdotas curiosísimas, reveladores de la bondad de su carácter y de la sencillez de sus costumbres.

He aquí, lector, algunos de esos detalles pintorescos, que logramos adquirir á espaldas de D. Benito.

Galdós no había tenido nunca secretario, y el primero que tuvo fué un perro. En algunas postales está retratado con él.

Era un can parecido á los Terranovas, pero más pequeño.

Le puso el nombre de *Secretario*, y cuando lo llamaba en su casa, en presencia de personas que no conocían este detalle, experimentaban aquéllas la natural sorpresa al ver que, en lugar de un hombre, aparecía un perro.

Lo tuvo en su poder muchos años, y cuando murió lo enterró en la huerta de su quinta de Santander, junto á un laurel soberbio que allí se eleva, procedente de la huerta de Pereda, y regalo del novelista montañés.

Este dato revela el cariño que siente D. Benito por los perros.

Ahora tiene dos, uno en su finca de Santander, que atiende por *Tito*, y otro en su casa de Madrid, al que llama *Vedrines*.

Es cosa corriente verlos tumbados á los pies de Galdós mientras éste trabaja.

---

Debido á la afección á la vista que padece don Benito, utiliza siempre que sale á la calle, coches simones. Y tiene cocheros predilectos, elegidos entre los que forman el punto de la calle de Quintana.

Uno de ellos se llama Angel, pero Galdós, al nombrarle, le dice *don Angel.*

Antes de montar en el coche, habla siempre un rato con él sobre política ó acerca de los asuntos del día.

En el mismo punto hay otro cochero á quien el gran escritor llama *El Viejo.* Le gusta mucho á don Benito utilizar el carruaje de éste, porque le lleva más aprisa que otros.

Siempre le saluda con su frase sacramental: "¡Hola, amigo!"

Consignaremos también aquí otro rasgo de don Benito, puesto que se refiere á un auriga.

Hace algunos meses, al salir un día Galdós de la casa número 70 de la calle de Alberto Aguilera, donde vivía, vió parado un coche de punto delante de la puerta de una taberna situada en la acera de enfrente.

Se dirigió á tomarlo, y, al acercarse al carruaje, salió el cochero de la taberna, para rogar á D. Benito que esperase un instante, pues estaba acabando de comer.

Galdós atendió el ruego en el acto, y para que el cochero comiese con toda tranquilidad y sin precipitación alguna, entró con él en la taberna, y, sentándose en un taburete al lado del auriga, esperó á que éste terminara, no sólo de comer, sino de tomar café.

---

Los niños despiertan viva simpatía en Galdós. Siempre ha tenido amiguitos con los que conversaba á diario largos ratos.

Ahora tiene uno, que se llama Alfonso, de trece años de edad, hijo de la portera de la casa de la calle de Alberto Aguilera, donde vivió el gran novelista.

Todos los días acude este pequeñuelo al hotel de D. Benito, para charlar un rato con el maestro. Con mucha frecuencia le pregunta Galdós su opinión sobre diversas cosas, y escucha los razonamientos de Alfonsito con cariñosa atención.

Verdad es que el pequeñuelo merece esas distinciones, por su afición al estudio, su constancia en el trabajo y su despierta inteligencia.

La instrucción primaria la ha cursado con extraordinaria aplicación.

Ahora asiste á la Escuela de Cerámica, establecida por el Gobierno en la calle de Fernando el Católico número 2, que dirige D. Francisco Alcántara.

Dos veces á la semana acude también Alfonsito al Museo Arqueológico, para estudiar la época italo-griega y algo de lo egipcio.

Don Benito cree que este pequeñuelo ha de llegar á ser un grande hombre.

---

Galdós ha sido siempre caritativo y amante del prójimo. Ha socorrido y socorre á los necesitados

en la medida de sus fuerzas; pero de esta buena cualidad del maestro abusan los pedigüeños en forma intolerable, y hasta los sablistas de profesión le hacen víctima de sus golpes constantemente.

La popularidad de que goza, y el amor que tiene al pueblo, le perjudica en ese sentido, porque á su puerta llaman todas las calamidades de la masa.

Por eso le molesta que los periodistas que acuden á celebrar con él intervius para publicarlas en los periódicos, le pregunten á qué hora sale de casa. Porque, decía Galdós, y decía muy bien, hablando un día con su secretario Pablo Nougués:

—Si ahora me tienen abrumado los pedigüeños, no sabiendo, como no saben, á qué hora salgo de casa, y desde el hotel al punto de coches me encuentro siempre con alguno, ¿qué ocurrirá en cuanto conozcan por los periódicos las horas en que salgo á la calle? Pues como lleguen á concederme el premio Nobel, me tendré que ir de España.

También recibe innumerables peticiones de libros. Si fuera á satisfacerlas todas, no tendría bastante con las numerosas ediciones que ha hecho de sus obras.

Y no digamos nada de las solicitudes de cuartillas que á diario llegan al despacho del gran escritor, para leerlas en actos públicos ó publicarlas en periódicos y libros.

Para atender esas peticiones, tendría que consagrar toda su vida á escribir cuartillas sueltas.

---

En el Archivo que tiene Galdós en su casa de Santander, hay unos legajos que guardan cartas pintorescas y extravagantes que le dirigieron admiradores y correligionarios suyos.

Entre ellas hay una que le envió un ciudadano de esos que se emborrachan de República, el cual, queriendo encabezar la carta en forma que respondiera á la igualdad del lema republicano, escribió: "Apreciable semejante:"

El texto de la misiva es también delicioso.

---

No es posible ponderar las simpatías y respetos que Galdós tiene entre la masa obrera.

He aquí un detalle que lo demuestra:

Viajaba una tarde D. Benito en la plataforma de un tranvía, fumando, como siempre, un cigarro puro.

Ya entonces veía muy poco, y con la ceniza del cigarro manchaba sin querer, á un obrero que estaba á su lado.

El obrero, que no conocía personalmente á Galdós, protestó iracundo, pero como alguien le dijera que aquel caballero era D. Benito, cambió

en el acto de actitud, y dió toda clase de satisfacciones al gran novelista.

Cuando terminó el recorrido del tranvía, Galdós y el obrero eran ya dos buenos amigos.

---

Está ahora tan metido Galdós en su labor literaria, que cuando recibe citaciones para que concurra á reuniones y actos políticos que perturban su trabajo, exclama:

—Y á mí, ¿por qué?

—Porque es usted diputado á Cortes—le contesta su secretario, recordándole los deberes de su vida pública.

---

A raiz del estreno de *Electra*, colocaron un petardo en una de las ventanas de la casa de la calle de Hortaleza donde D. Benito tenía la administración de sus obras.

El insigne novelista se encontraba en su despacho cuando el petardo hizo explosión, pero ni el estampido ni los desperfectos que el explosivo produjo, sobrecogieron al maestro. Por el contrario. Su serenidad sirvió para tranquilizar á los que con él estaban en la casa.

---

La sencillez y la modestia de Galdós llegan á tal extremo, que no desdeña las opiniones de nadie, por humilde que sea, acerca de sus obras.

Y cuando alguien le dice que no le ha gustado algo de lo que ha escrito, lo toma en cuenta sin rebatir el juicio.

También su exquisita bondad disculpa en el acto toda indiscreción, hija del poco discurso.

Cierto día, un ciudadano de esos cuya inteligencia es muy inferior á su desenfado, dijo á don Benito, al mismo tiempo que le saludaba.

—Ya he leído algunas de las "cosillas" que usted escribe.

Galdós sonrió afablemente, y nada dijo.

En cambio, lo que le molesta al fecundo escritor, es que en cartas y documentos confundan su nombre y apellidos, y le pregunten dónde se venden sus obras, porque esto indica una estultez imperdonable.

---

En un pueblo, de cuyo nombre no hace falta acordarse, se representó *El Abuelo* con extraordinario éxito.

Tanto gustó, que varias personas de la citada localidad acordaron escribir á D. Benito, expresándole su testimonio de admiración.

Así lo hicieron, y, tras de algunos párrafos laudatorios, rogaban á Galdós que les dijera,

pues la impaciencia les devoraba, cuál era la nieta legítima del conde de Albrit, si *Dolli* ó *Nell*.

¡Les había admirado la obra, pero no la habían entendido!







LA FAMOSA CASA "SAN QUINTÍN" EN SANTANDER, DONDE GALDÓS PASA LOS VERANOS



## CAPITULO XXIV

---

### LA CASA DE SANTANDER

**Lujo y arte.—El edificio.—El despacho.—La biblioteca y el archivo.—Tertulia en la huerta.—Cómo pasea Galdós.—Cambio de saludos.**

Siempre que Galdós habla de su precioso retiro de la capital del Cantábrico, tiene su voz acentos de entusiasmo.

En su quinta encuentra, como en ninguna otra parte, grata la vida.

Los veranos enteros los pasa allí, haciendo una vida análoga á la que en Madrid hace, y acompañado de las personas de su familia con las que en la corte habita.

Puso á la finca el nombre de "San Quintín", porque la primera obra que escribió en ella fué la hermosa producción dramática que lleva el mismo título.

Construyó la casa el notable arquitecto montañés D. Casimiro Pérez de la Riva, é hizo los

planos con arreglo á un trazado que le entregó don Benito. El edificio es artístico, elegante, de sólida y esbelta fábrica. Tiene tres pisos y un sótano.

En la planta baja está el despacho del maestro, una habitación amplia, hermosa, con un ventanón de cristales que mira á la bahía. Está amueblado con exquisito gusto. Todo en él es extraordinario; nada hay allí que sea vulgar. Los muebles se hicieron con arreglo á las indicaciones de Galdós, y son originalísimos, elegantes.

La mesa de despacho tiene dos grandes atriles que facilitan mucho el trabajo. El sillón donde se sienta el insigne hombre es de terciopelo encarnado, con una franja en el centro, encarnada y blanca. A los pies hay una hermosa piel. Además, cuando D. Benito se sienta cubre sus piernas con una manta serrana.

Las librerías son talladas, soberbias. Galdós hizo los dibujos, y los construyó el notable ebanista D. Manuel Rosado. Hay en ellas numerosos volúmenes de obras escogidas, que forman una gran biblioteca.

En un mueble muy artístico, está el archivo de cartas de hombres ilustres contemporáneos del fecundo escritor. En ellas hállase contenida toda la historia literaria de treinta años á esta fecha. Las cartas más interesantes se publicarán algún día.

En el mismo archivo hay legajos que guardan

documentos pintorescos y extravagantes, anónimos y cartas graciosísimas, por lo estupendas, que dirigieron en diversas épocas á D. Benito.

En esos legajos figura la carta de que hacemos mención en el capítulo de "Rasgos y anécdotas".

La chimenea la mandó traer de Inglaterra. Encima de ella hay un plato de hierro nielado y damasquinado, que dibujó Mélida, y que fué regalado á Galdós por sus admiradores de las islas Canarias.

Adornan la estancia, colocados en elegantes marcos, los originales de los dibujos de los *Episodios*, debidos á los notables artistas Pellicer, Mélida (Arturo y Enrique), Apeles Mestres, Lizcano, Emilio Sala, Alejandro Ferrant y otros también muy ilustres.

Hay también estatuas; preciosos objetos que adquirió D. Benito en sus viajes á Venecia, Nápoles y Roma; armas de Joló, muy bonitas; porcelanas preciosas; una virgen del Pilar, regalo del célebre actor Antonio Vico, y cuadros pintados por Fenollera, Arredondo, Hispaleto, Fillol, Aurelio Beruete y otros.

Entre esos cuadros figura la acuarela de Maura, con una expresiva dedicatoria á Galdós.

Del techo del despacho cuelga un galeón del siglo XVII, que estaba como ex voto en la iglesia del cabildo de mareantes de Las Palmas, y que el hermano mayor regaló á D. Benito en el último viaje que éste hizo á Canarias.

Se contemplan también en la hermosa estancia que describimos, unos cráneos de tiburones, regalo de D. Augusto Linares, director de la Estación Biológica.

En suma: el despacho de Galdós es un pequeño museo.

La planta baja la constituyen, además, una antesala hermosa, el comedor, la cocina, un cuarto de servicio y una amplia galería que da á la huerta. En la planta alta están los dormitorios y otras dependencias.

La fachada principal se halla orientada al Mediodía. Tiene delante la huerta de la finca, y más allá, la línea del ferrocarril y la bahía.

Encima del ventanón de cristales de colores del despacho de D. Benito, pintó Arturo Mélida dos leones, sosteniendo una columna y ostentando el lema "Plus ultra".

En la galería abierta de la planta baja, que comunica con la huerta, hay un nido de golondrinas. Galdós le tiene gran cariño, y todos los que en la casa viven lo respetan.

La fachada Norte tiene delante un jardín precioso, cercado, como la huerta, por una tapia de piedra.

En la puerta de la tapia se lee el nombre de la finca: "San Quintín".

Todas las tardes, á las cinco, acuden en el verano á la huerta de D. Benito para formar agradable tertulia, D. Policarpo Losso, antiguo ma-

rino mercante y simpático progresista, que cuenta ochenta años de edad; D. José Estrañi, director de *El Cantábrico*; D. Ernesto del Castillo, el coronel Aroca, Esteban Polidura y Eduardo Torralva, socialista y redactor del citado periódico.

Don Benito se sienta en una butaca de mimbre; en un poyo próximo coloca un jarro de leche, y todo el tiempo que dura la agradable tertulia se lo pasa levantándose de la butaca y yendo al poyo, para beber poco á poco la leche.

A lo largo de la tapia de la huerta hay un andén enlosado, donde D. Benito pasea todas las tardes. Lo tiene medido; cada veintidós vueltas suponen un kilómetro, y como Rubin, el mayordomo, las va contando, sabe Galdós perfectamente los kilómetros que pasea al día.

Cuando no tenía á la vista la dolencia que hoy le aqueja, pasaba muchas horas el maestro cultivando su huerta, cavando, sembrando, regando las plantas.

Ahora ya no puede hacerlo.

Y para terminar este capítulo contaremos un hecho muy curioso y simpático.

Hace tiempo tenía D. Benito colocado en la fachada de su casa, que mira á la bahía, un mástil de bandera. Al pasar los trasatlánticos frente al edificio saludaban al insigne escritor con tres toques de sirena, y D. Benito les contestaba izando la bandera.



## CAPITULO XXV

---

### LA CASA DE MADRID

**Estilo mudejar.—El despacho.—Las otras estancias.—Un Cristo sobre el lecho.**

Y ahora, lector, queremos darte una idea acerca de la mansión donde vive en Madrid este fecundo ingenio cuya vida y costumbres ya conoces.

En la calle de Hilarión Eslava, todavía sin aceras, desmantelada aún, hay una tapia de ladrillo y una puerta verde. Silencio y austeridad enormes. Abierta la puertecilla humilde, nos hallamos en un jardincito comenzante, en el que no ha puesto la coquetería ningún destello. D. José Hurtado de Mendoza, sobrino del gran Galdós y amo y constructor de la vivienda, ha plantado allí una miniatura de jardín botánico. Este jardín rodea la casa por su frente y por su linde izquierda. Arbolitos jóvenes, matas bien cuidadas. Al final un pa-

tizuelo donde picotean unas gallinas, y donde se rasca al sol un gato negro.

Estamos frente á la casa. Es una imitación exacta del arte mudejar. Ladrillo rojo, arcos chatos, ajimeces, una puerta dorada y un torreón alhambresco. Diríase, con un poco de imaginación, que va á emerger de esa puerta alguna sensual y roburosa princesa, cautiva del Corán.

No es una princesa quien sale, sino una criada cuarentona.

Hay un gran vestíbulo, un *hall* como diría Furciátez, inglés... El vestíbulo es claro y espacioso. Hay un lienzo de Sorolla con el retrato de don Benito, en una actitud descuidada, fumando un cigarro. Tiene el retrato mucho vigor. El propio D. Benito, colgado de la pared, parece mirarnos. Hay una librería, con libros, claro está, fotografías, mil cosas. Al fondo se ve una escalera que conduce al segundo piso de la morada.

A la izquierda, como ya dijimos en otro lugar, se halla el despacho. Hay una mesa vulgar, donde el genio ha trazado buena parte de sus obras; una librería basta, el rastro de Galdós, pues su biblioteca selecta la tiene, bien custodiada, en su casa de Santander; un butaca donde el maestro reposa y dicta. Tiene el despacho dos ventanas. Se ven solares en abandono. Allí los reclutas aprenden la instrucción, y los veteranos hacen el amor, por las tardes, á las Maritornes zafias.

Luego, está el despacho del Sr. Hurtado de

Mendoza, un despacho corriente, de arquitecto. La cocina, las despensas y otras estancias llenas de cachivaches, se hallan en el sótano.

Pero subamos la escalera. En su pared vemos mosaicos del gran Zuloaga, esos divinos mosaicos que han apresado el alma desnuda y fuerte de Castilla. Las alcobas. Respetamos las pertenecientes á las hermanas del maestro, y penetramos en la suya. Nuestra emoción es grande. Miramos con avidez.

Nada peculiar llama nuestra atención. Es la alcoba de un estudiante. Un lavabo de madera blanca, un par de sillas, las paredes escuetas, el lecho estrechito, de hierro, un lecho sencillo, y encima, sobre la cabecera, un Cristo negro y expirante, muy artístico, velando el sueño de Galdós.

Este Cristo es lo que más impresión nos causa. ¿Por qué tendrá Galdós ese Cristo sobre su cabecera? ¿Es creyente? ¿Cedió al influjo de sus hermanas, damas religiosas y honestas? ¿Es una impulsión inevitable de los siglos?

Sea ello lo que fuere, á nosotros esa bella imagen nos ha inspirado vivos pensamientos.

Arriba, la azotea.

Y nada más.

Esta es la casa de Galdós, la casa donde el gran viejo ha cobijado su gloria y sus achaques, la que es testigo de su vida en ocaso, la que encierra el tesoro de esa vida gigantesca y luminosa.

¿Impresión total? La casa no tiene, fuera de la fachada, nada de exquisito. ¡Qué más da! La gloria de Galdós, le basta y le sobra para llenarla de resplandor intenso.



56/ Pasaron las gestas heroicas y las hegemonías [illegible] mas determinadas por la mera física y moral hoy da la pauta [illegible] los éxitos del trabajo y de la riqueza. Los que mayor provecho saquen de las transformaciones de la materia, dirigirán á los perezosos y desmañados. Para llegar al [illegible] amplio posible de una acción vigorosa en las próximas disputas internas de la familia hispánica es menester que Castilla se desembarace de las rutinas que ahogan su pensamiento, y recobre la conciencia de su papel histórico. Todos los que hemos peregrinado en las diferentes comarcas peninsulares, buscando el contacto directo con el pueblo, conocemos cuan superior es en la raza castellana la nativa penetración, el sentido claro de las cosas, y la sagacidad y agudeza que ganarían extensión infinita á los ámbitos de nuestra Península.

CUARTILLA DE PUÑO Y LETRA DEL INSIGNE ESCRITOR



# CAPITULO XXVI

## LO QUE HAN PRODUCIDO LAS OBRAS DE GALDÓS

**Contratiempos y reveses.—Un pleito.—Galdós, editor de sus libros.—Cinco millones de pesetas.—Lo que ganan los libreros.—Galdós no es rico.**

Nos tenía ofrecido Galdós contar en este libro lo que le han producido sus obras. Y un día, al penetrar en su despacho, le recordamos su promesa.

—No he tenido tiempo de hacer esas cuartillas —nos contestó—pero ahora mismo quedará redactado el capítulo. Pregúntenme y escriban lo que vaya diciendo.

Obedecimos, y, acto seguido le preguntamos:

—¿Le han producido mucho dinero sus obras?

—Sí, dinero han producido, y mucho. Desde que empecé la primera serie de *Episodios Nacio-*

*nales* el año 73, mis obras tuvieron el favor del público. Este favor no ha desmerecido en el curso del tiempo, antes bien, va siempre en aumento. La baratura de los tomos de *Episodios*, la igualdad de su forma y la periodicidad relativa de su publicación (salvo los espacios que mediaron entre una serie y otra) contribuyeron á darme lectores asiduos, cada vez más numerosos. Pero en los treinta y cinco años transcurridos desde *Trafalgar* y *La Corte de Carlos IV*, no han faltado reveses y contratiempos, por los cuales ese millón de pesetas de que ustedes hablan tiene mucho de leyenda y nada de historia.

—¿Cómo publicaba los libros?

—Publicaba yo en aquel tiempo mis obras asociado con un amigo, y así continué haciéndolo hasta el año 96. En esta fecha creí que aquella sociedad no me convenía y traté de disolverla. Naturalmente, sobrevino un pleito en el que las partes gastábamos mucho dinero. Mi abogado fué D. Antonio Maura y el de mi contrario don Miguel de Villalba Hervás, diputado republicano, paisano mío y excelente persona. El litigio, por lo complicado del asunto, llevaba trazas de no acabar. Por fin, Maura, interesándose por evitar á las dos partes disgustos y gastos, propuso que termináramos el asunto por un arbitraje. A los litigantes nos pareció esto muy bien. Las dos partes elegimos árbitro á D. Gumersindo de Azcárate. En poco tiempo desempe-

ñaron su cometido los tres letrados, y Azcárate redactó el laudo que tenía 37 pronunciamientos.

En dicho laudo se me reconocía la propiedad literaria de todas mis obras, lo cual fué para mí un gran triunfo. Las existencias de mis obras, que ascendían á más de 100.000 volúmenes, se adjudicaron á las dos partes, á cada una la mitad. La parte contraria no podía ni reimprimir los libros ni venderlos. Yo sí; pero el laudo me obligaba á no reimprimir sin antes comprar á mi ex socio su parte de existencias, pagadas al contado con el descuento usual en librería. Además se me imponía la obligación de abonar á mi ex socio ochenta y tantas mil pesetas á toca teja, como indemnización y saldo de cuentas que nunca pudieron aclararse.

Comprenderán ustedes que con los gastos del pleito, las ochenta y tantas mil pesetas de indemnización y las expropiaciones de la mitad de las existencias que tuve que hacer, lo ganado hasta entonces se lo llevó el viento.

A D. Antonio Maura y á D. Gumersindo Azcárate les estaré siempre muy agradecido. En cuanto al amigo Villalba nada malo tengo que decir de él.

—¿Cómo continuó usted editando sus obras?

—Terminada la administración judicial, que estuvo á cargo de mi querido amigo Manuel Marañón, y hecho prolijamente el recuento de existencias para la partición, me establecí como

editor de mí mismo á mediados del año 1897 en la calle de Hortaleza, 132.

En aquel tiempo escribí *Misericordia* y *El abuelo* y empecé con *Zumalacárregui*, la tercera serie de *Episodios Nacionales*. Continuaba el público favoreciéndome. Pero yo no podía vender más obras que las mías, y así me lo hizo saber el delegado de Hacienda al señalarme la contribución que debía yo pagar. Aunque mis libros tenían gran salida, el ingreso por tal concepto no superaba al enorme dispendio de una Casa editorial. Luché desesperadamente para buscar el necesario equilibrio, y en los restantes años vine á comprender que mis esfuerzos laboriosos no podían triunfar de mi inexperiencia comercial. Convencido de que la exclusiva administración de 60 volúmenes no podía subvenir á los gastos de un establecimiento editorial, y viéndome en una segunda era de quebrantos y decepciones, cerré la casa de la calle de Hortaleza y confié la administración de mis obras á la Sociedad Perlado, Páez y Compañía, con quien hice el oportuno contrato.

Yo continuaba y continúo siendo dueño de la propiedad literaria de mis obras, las cuales editaba y sigo editando por mi cuenta. Dos años después hice un nuevo contrato con los Sres. Perlado, Páez y Compañía conservando yo la propiedad literaria y siendo ellos dueños de las existencias. Con dicha Sociedad, compuesta como todo el mundo sabe, de personas serias, laboriosas y honradas,

y que tiene una inmensa red de corresponsales y extraordinarios medios de propaganda, continúo en la mejor armonía, esperando resarcirme de los quebrantos anteriormente sufridos.

Don Benito no quiso decir más. Pero nosotros hemos logrado adquirir datos interesantísimos referentes á la publicación de sus obras, y de estos datos resulta que en treinta y cinco años se han impreso de las obras de Galdós *dos millones de ejemplares*, más bien más que menos, sin contar la edición ilustrada que comprende las dos primeras series de *Episodios*. Dicha cifra de dos millones de tomos, parte de 2 pts. y parte de 3, arrojan un valor bruto de 5.000.000 de ptas, largos de talle. Nos es imposible calcular el beneficio de los administradores y del autor. Lo que sí puede asegurarse es que mucho mayor que este beneficio ha sido el de los intermediarios ó libreros, los cuales, por el descuento de venta han embolsado más de millón y medio de pesetas. Cerca del millón anda la cifra del coste material de los libros, imprenta, papel y estereotipia. Hay que advertir que hoy, para dar á este negocio la debida amplitud, se hacen al mercado de América descuentos que llegan hasta el 50 por 100.

En América ha aumentado considerablemente la venta de estas obras, y en las naciones de Europa, sobre todo en Francia, Inglaterra y Alemania.



## CAPITULO XXVII

---

### GALDÓS, CIEGO

**D. Benito oculta su afección á la vista.—Trabajos de los médicos.—Una operación.—Aún hay esperanza.**

En la gloriosa vejez de D. Benito Pérez Galdós hay una amargura muy grande. Sus ojos escrutadores, que supieron penetrar en el fondo de las almas y de las cosas, están sin luz.

Con resignación asombrosa sobrelleva el maestro su desdicha, pero á pesar de ese temple de su ánimo, se observa claramente que la obscuridad que las cataratas llevaron á sus ojos, llena también su alma de sombras.

Hace mucho tiempo empezó D. Benito á sentirse mal de la vista, pero para no llevar la intranquilidad á su familia, y creyendo, quizás, que la dolencia no progresaría, ocultó su enfermedad durante lo menos dos años. Abstraído por el traba-

jo, olvidóse de su salud, y cuando, más tarde, empezaron las cataratas á poner obscuridades en su vista, tampoco se decidió á declararlo, sin duda porque la luz que constantemente brilla en su espíritu le traía visión más intensa del mundo que la que poco á poco se iba apagando en sus ojos.

Y de tal forma puso empeño en ocultar su mal, quizás porque su temperamento animoso no sabía ni quería rendirse ante una manifestación del infortunio, que aun en los momentos en que veíase precisado á abandonar momentáneamente el trabajo por falta de vista, no declaraba que su determinación obedeciera á la cruel dolencia.

Algunas veces, cuando, corrigiendo pruebas, se veía obligado á cesar en la labor, de sus labios no salían más palabras que éstas, dirigidas á su secretario Pablo Nougués: "Ahora continúe usted".

Mas un día el doctor D. Gregorio Marañón, descubrió la enfermedad que padecía el maestro, y enteró á la familia.

Esta se lo comunicó á D. Manuel Tolosa Latour, médico de la casa, y este doctor ilustre se puso al habla con el eminente oculista D. Manuel Márquez para estudiar la forma de poner remedio á la dolencia de D. Benito.

Y aprovechando una tarde un rato de conversación con el maestro, el Dr. Tolosa le hizo ver la necesidad en que se encontraba de ponerse en cura, y Galdós accedió á ello.

Entonces comenzó á visitarle el Sr. Márquez, y

días después, el 25 de Mayo de 1911, en el despacho del maestro, en su casa de la calle de Alberto Aguilera, se le practicó la operación de estirparle la catarata del ojo izquierdo, operación que soportó con gran entereza, y que se le debió hacer un año antes, pues el mal estaba ya extendido de una manera excesiva.

Los hermanos Tolosa Latour presenciaron la cura que duró cerca de media hora, en lugar de los contados minutos que se tarda en realizar esa clase de operaciones, por las adherencias que tenía la catarata.

Se le quedó dentro un pedazo de cristalino, que no fué posible extraer, y esto le produce la ceguera del ojo izquierdo. El doctor Márquez espera, sin embargo, devolver la luz á ese ojo, y cree que recobrará la vista por reabsorción del cristalino que se le quedó dentro, ó mediante una nueva operación á que ha de someterle, y que llaman la iridectomía.

Pero mientras ocurría lo que dejamos relatado, se le formó otra catarata en el ojo derecho, y con este motivo ha ido Galdós perdiendo la vista hasta el punto de que no ve nada.

En las primeras conferencias que celebramos con D. Benito, todavía quedaba en sus ojos algo de luz y veía, aunque muy poco. Mas con tristeza grande fuimos observando en sucesivos días que sus ojos se apagaban y hoy tenemos que consignar que está ciego.

Quédanos, afortunadamente, á todos los que á D. Benito queremos y admiramos, una halagadora esperanza á la que da fortaleza el autorizado juicio del Dr. Márquez.

Dentro de poco tiempo, estará Galdós en condiciones de ser operado nuevamente, y confía, con fundamento, el citado oculista, en lograr devolver la luz á los ojos enfermos del gran maestro.

Ese día será día de júbilo para todos los buenos españoles, para los que aman á Galdós, para los que admiran su obra maestra, para la nación entera que ve en D. Benito una de sus más legítimas glorias y uno de sus hijos más insignes.





## CAPITULO XXVIII

---

### UNA ESTATUA

**El escultor Carretero.—Para el Círculo español de Buenos Aires.—Proyecto de los canarios.**

Al penetrar un día en el despacho del maestro nos encontramos con el notable escultor D. Aurelio Carretero.

Saludamos al artista, á quien conocimos hace años, allá, en su tierra de Castilla la Vieja, y le preguntamos si su presencia en la casa de Galdós estaba relacionada con su arte.

Carretero nos contestó que acaba de hacer un busto del maestro para transformarlo después en una estatua de salón, mayor que el natural, que le había sido encargada por el Círculo español de Buenos Aires. No nos dijo más Carretero.

Después confirmamos sus noticias y logramos también averiguar que del busto de D. Benito ha-

rá doce copias en bronce para regalar una al maestro y otra á Pablo Nougués. Las restantes las pondrá á disposición de quien desee adquirirlas.

También sabemos que Aurelio Carretero está ahora en tratos con personalidades salientes de Canarias, entre las que figura D. José Franchy, para hacer otra estatua de Galdós que será erigida en Las Palmas.

Entre las entidades más interesadas en esta noble empresa, figura la importante y distinguida Sociedad de los Doce.

Acertada es la idea y digna de elogio por todos conceptos, como también la elección de artista, pues á las muchas gallardas muestras que Carretero ha dado de sus grandes méritos como escultor, hay que agregar hoy el busto que ha hecho de D. Benito, de parecido y factura irreprochables.

Y si los canarios llevan á la práctica su plausible proyecto, darán una gran prueba de patriotismo, digna de ser imitada por los admiradores que Galdós tiene en la Península.





## CAPITULO XXIX

### PABLO NOUGUÉS

**Labor que realiza.—Constancia en el trabajo.—Afecto sincero.—Rubín y Victoriano.**

En las páginas de este libro se cita varias veces el nombre de Pablo Nougués, secretario de Galdós, y como puede decirse que este joven escritor pasa la vida al lado de D. Benito, ayudándole en la labor literaria, acompañándole constantemente, y despachándole los asuntos, debemos dedicarle unas líneas.

Ya hemos contado en otro capítulo cómo y cuándo lo conoció el maestro. Ahora añadiremos otros datos. Pablo Nougués comenzó á trabajar con Galdós á fines del año 1907.

Al principio, su misión se reducía á despachar la correspondencia del fecundo novelista. Luego se extendió su labor á buscar en libros, periódicos

y documentos, orientado por D. Benito, los datos que éste necesitaba para escribir sus *Episodios Nacionales*, datos que Nougués iba señalando con lápiz azul. Más tarde, cuando las cataratas obligaron á D. Benito á abandonar el lápiz (pues con lápiz, en vez de pluma, trazaba las cuartillas), empezó á escribir al dictado. Y por último abarcó ya su trabajo la corrección de pruebas en galeradas y en pliegos.

Todas estas labores que hoy realiza Nougués, demuestran de una manera elocuentísima la confianza que en él tiene depositada Galdós, pues esos trabajos no los confió nunca á nadie.

Verdad es que á esta confianza de D. Benito, le corresponde su secretario con un entrañable cariño y una sincera gratitud.

Están perfectamente compenetrados, sin duda porque ambos tienen para el trabajo una voluntad de hierro.

El maestro, sobre todo, es incansable.

Algunas veces y cuando llevan seis ú ocho horas trabajando, exclama D. Benito:

—Ahora, para descansar un instante, vamos á corregir pruebas.

La noción del tiempo la pierde cuando está creando sus obras, y no siente nunca fatiga ni cansancio, como lo demuestra ese detalle.

Y si en el auxiliar no encontrara ese mismo temple, claro es que hoy no podría Galdós trabajar con la intensidad que tiene por costumbre.

Mas de esa forma, viven laborando desde hace tiempo.

Las cuartillas de *España Trágica*, fueron las últimas que escribó D. Benito. Las de *Amadeo I* se las dictó ya á Nougués y así ha seguido haciendo hasta la fecha con todas las obras, excepto con *El Caballero encantado* y *Casandra*, que las escribió él mismo.

Nosotros hemos presenciado detalles elocuentes del afecto que Galdós profesa á su secretario y conocemos también la labor utilísima que éste realiza al gran novelista.

Don Benito llama familiarmente á Nougués, *Don Pablífero*. Este, Victoriano, Gerardo Peñarrubia y Rubín, son las persònas de mayor confianza de Galdós.

Victorano era hijo de un pastor de la Moncloa, y entró al servicio de Galdós desde muy pequeño. Su despierta inteligencia y su actividad para el trabajo, le granjearon desde un principio la confianza del maestro.

Rubín, el mayordomo, pertenecía al cuerpo de Carabineros, pero pidió el retiro para entrar al servico de Galdós en la finca de Santander.





# CAPITULO XXX

## PAGINAS SINCERAS

**Un prólogo.—Pereda.—La tolerancia de Galdós.**

He aquí el prólogo que escribió Galdós para la novela de Pereda, *El sabor de la tierruca*, y que prometimos al lector incluir en este libro, como prueba de su espíritu de tolerancia y de los nobles vínculos que cree deben estrechar á los hombres sinceros:

Pereda.—Ahora que estamos solos, impaciente lector, en la antesala de un libro, esperando á que se nos abra la mampara del capítulo primero, voy á hablarte de aquel buen amigo, cuyo nombre viste, al entrar, estampado en el frontispicio de este noble alcázar de papel en que por ventura nos hallamos. Y no voy á hablarte de él porque su fama, que es grande, aunque no tanto como sus méritos, necesite de mis encomios, sino porque me mueve á ello un antojo, tenaz deseo quizás, ó más

bien imperioso deber, nacido de impulsos diferentes. El motivo de que haya escogido esta ocasión ha sido puramente fortuito y no ha dependido de mí. Desde hace mucho tiempo tenía yo propósito de ofrecer á aquel maestro del arte de la novela un testimonio público de admiración, en el cual se vieran confundidos cariño de amigo y fervor de prosélito. Cada nueva manifestación del fecundo ingenio montañés me declaraba la oportunidad y la urgencia de cumplir el compromiso conmigo mismo contraído; luego los quehaceres lo diferían, y por fin, solicitado de un activo editor, que incluye en su Biblioteca el último libro de Pereda, veo llegada la mejor coyuntura para decir parte de lo mucho que pienso y siento acerca del autor de las *Escenas Montañesas;* acepto con gozo el encargo, lo desempeño con temor, y allá va este desordenado escrito, que debiera ponerse al fin del libro, pero que por determinación superior se coloca al principio, contra mi deseo. Ni es prólogo crítico, ni semblanza, ni panegírico: de todo tiene un poco, y has de ver en él una serie de apreciaciones incoherentes, recuerdos muy vivos, y otras cosas que quizás no vienen á cuento; pero á todo le dará algún valor la escrupulosa sinceridad que ponga en mi trabajo y la fe con que lo acometo.

Veo que te haces cruces, ¡qué simpleza! pasmado de que al buen montañés le haya caído tal panegirista, existiendo entre el santo y el predi-

cador tan grande disconformidad de ideas en cierto orden. Pero me apresuro á manifestarte que así tiene esto más lances, que es mucho más sabroso, y si se quiere, más autorizado. Véase por dónde lo que se desata en la tierra de las creencias, es atado en los cielos puros del Arte. Esto no lo comprenderán quizás muchos que arden, con *stridor dentum*, en el Infierno de la tontería, de donde no les sacará nadie. Tal vez lo lleven á mal muchos condenados de uno y otro bando, los unos encaperuzados á la usanza monástica, otros á la moda filosófica. Yo digo que *ruja la necedad*, y que en este piadoso escrito no se trata de hacer metafísicas sobre la gran disputa entre Jesús y Barrabás. Quédese esto en lo más hondo del tintero, y *á quien Dios se la dió, Cervantes se la bendiga.*

Andando.

Conocí á Pereda hace once años, cuando había escrito las *Escenas Montañesas* y *Tipos y paisajes.* La lectura de esta segunda colección de cuadros de costumbres impresionó mi ánimo de la manera más viva. Fué como feliz descubrimiento de hermosas regiones no vistas aún, ni siquiera soñadas. Sintiéndome con tímida afición á trabajos semejantes, aquella admirable destreza para reproducir lo natural, aquel maravilloso poder para combinar la verdad con la fantasía, y aquella forma llena de vigor y hechizo, me revelaban la nueva dirección del arte narrativo, dirección que más tarde se ha hecho segura é invariable, obte-

niendo al fin un triunfo en el cual ha llevado su iniciador parte principalísima. Algunos de tales cuadros, principalmente el titulado *Blasones y talegas*, produjeron en mí verdadero estupor y esas vagas inquietudes del espíritu que se resuelven luego en punzantes estímulos ó en el cosquilleo de la vocación. Es que las obras más perfectas son las que más incitan, por su aparente facilidad, á la imitación. Luego viene, como diploma más alto de su mérito, la inutilidad del esfuerzo de los que quieren igualarlas, y tratándose de aquélla y otras obras de Pereda, hay que darles á boca llena, y sin género alguno de salvedad, el dictado de *desesperantes.* Son de privilegio exclusivo, y... ¡ay del infeliz que ponga la mano en ellas! No le quedarán ganas de repetir el intento.

Como iba diciendo, la lectura de estas maravillas, después de la admiración que en mí produjo, infundiéndome un deseo ardiente de conocer el país, fondo ó escenario de tan hermosas pinturas. Suponía en él la misma originalidad, la propia frescura, gracia y acento de las *Escenas*, y figurábame que así como éstas no tienen rival, aquél no debía de tener semejante en el ramo de países. Esto me llevó á Santander: el simple reclamo de un prosista fué primer motivo y fundamento de esta especie de ciudadanía moral que he adquirido en la capital montañesa.

En la puerta de una fonda ví por primera vez al que de tal modo cautivaba mi espíritu en el or-

den de gustos literarios, y desde entonces nuestra amistad ha ido endureciéndose con los años y acrisolándose ¡cosa extraña! con las disputas. Antes de conocerle, había oído decir que Pereda era ardiente partidario del absolutismo, y no lo quería creer. Por más que me aseguraban haberle visto en Madrid, nada menos que figurando como diputado en la minoría carlista, semejante idea se me hacía absurda, imposible; no me cabía en la cabeza, como suele decirse. Tratándole después, me cercioré de la funesta verdad. El mismo, echando pestes contra lo que me era simpático, lo confirmó plenamente. Pero su firmeza, su tesón puro y desinteresado, y la noble sinceridad con que declaraba y defendía sus ideas, me causaban tal asombro y de tal modo informaron y completaron á mis ojos el carácter de Pereda, que hoy me costaría trabajo imaginarle de otro modo, y aun creo que se desfiguraría su personalidad vigorosa si perdiera la acentuada consecuencia y aquel tono admirablemente sombrío. En su manera de pensar hay mucho de su modo de escribir: el mismo horror al convencionalismo, la misma sinceridad. Otra circunstancia hace excepcional su proselitismo, y lo exime de las censuras á que vive expuesta toda opinión radical en nuestros días: me refiero á su preciosísima independencia, que le aisla de los manejos de todos los partidos, incluso el suyo.

Dicho esto, quiero añadir que Pereda es, como escritor, el hombre más revolucionario que hay en-

tre nosotros, el más antitradicionalista, el emancipador literario por excelencia. Si no poseyera otros méritos, bastaría á poner su nombre en primera línea la gran reforma que ha hecho, introduciendo el lenguaje popular en el lenguaje literario, fundiéndolos con arte y conciliando formas que nuestros retóricos más eminentes consideraban incompatibles. Empresa es ésta que ninguno acometió con tantos bríos como él, y en realizarla todos se quedan tamañitos á su lado. Una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España, consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para reproducir los matices de la conversación corriente. Oradores y poetas lo sostienen en sus antiguos moldes académicos, defendiéndolo de los esfuerzos que hace la conversación para apoderarse de él; el terco régimen aduanero de los cultos le priva la flexibilidad. Por otra parte, la prensa, con raras excepciones, no se esmera en dar al lenguaje corriente la acentuación literaria, y de estas rancias antipatías entre la retórica y la conversación, entre la academia y el periódico, resultan infranqueables diferencias entre la *manera de escribir* y la *manera de hablar*, diferencias que son desesperación y escollo del novelista. En vencer estas dificultades nadie ha adelantado tanto como Pereda: ha obtenido maravillosas ventajas, y nos ha ofrecido modelos que le hacen verdadero maestro en empresa tan áspera. Cualquiera hace hablar al vulgo, pero

¡cuán difícil es esto sin incurrir en pedestres bajezas! Hay escritores que al reproducir una conversación de duques, resultan ordinarios: Pereda, haciendo hablar á marineros y campesinos, es siempre castizo, noble y elegante, y tiene atractivos finuras y matices de estilo que á nada son comparables. Por esto, por sus felicísimos atrevimientos en la pintura de lo natural, es preciso declararle porta-estandarte del realismo literario en España. Hizo prodigios cuando aún no habían dado señales de existencia otras maneras de realismo, exóticas, que ni son exclusivo don de un célebre escritor propagandista, ni ofrecen, bien miradas, novedad entre nosotros, no sólo por el ejemplo de Pereda, sino por las inmensas riquezas de este género que nos ofrece la literatura picaresca.

Frente al natural, Pereda tiene una energía de asimilación que asusta. Los contornos y tintas que ve, las particularidades que escudriña, los conjuntos y efectos totales que sorprende, maravillas son que nos revelan en él como un poder milagroso. En *Los hombres de pró*, en las páginas culminantes de *Don Gonzalo González de la Gonzalera* y *De tal palo tal astilla*, se muestran en toda su riqueza la facultad observadora, la invención sobria y fecunda, el culto de la verdad, de donde resultan los caracteres más enérgicamente trazados, y el diálogo más vivo, más exacto y humano que es posible imaginar.

Otra cosa. Pereda no viene nunca á Madrid.

Para conocerle es preciso ir á Santander ó á su casa de Polanco, donde vive lo más del año, entre dichas domésticas y comodidades materiales que le añaden, como literato, una nueva originalidad á las demás que tiene. Es un escritor que desmiente, cual ningún otro de España, las añejas teorías sobre la discordia entre la riqueza y el ingenio. Por no dejar hueso sano al convencionalismo, le ha perseguido y destrozado hasta en esa rutina cursi de que el escritor es un ser esencialmente pobre. Así, en ninguna parte se conoce tan bien á nuestro buen príncipe montañés, como en aquellos hospitalarios estados de Polanco, residencia placentera y cómoda, asentada en medio de la poesía y de la soledad campestres, entre los variados horizontes y los paisajes limpios y puros de aquella hermosa costa, que con su ambiente fresco y su templada luz parece ofrecer al espíritu mayor suma de paz, más dulces recreos que ninguna otra región de la Península.

Y el buen castellano de Polanco, sectario del absolutismo y muy deseoso de que resucite Felipe II para que vuelva á hacer sus gracias en el gobierno de estos reinos, es el hombre más pacífico del orbe, de costumbres en extremo sencillas, de trato amenísimo, llano y familiar, que podría derechamente llamarse democrático. A veces imagino que, por trazas del demonio, la Humanidad pierde el sentido, que el tiempo se desmiente á sí mismo y nos hallamos de la noche á la mañana en

plena situación absolutista. Llevando adelante la hipótesis, imagino que al autócrata se le ocurrre una cosa muy natural, y es elegir para primer gobernante al hombre de más ingenio de su partido. Tenemos á Pereda de ministro universal. Pues ya podemos hacer lo que se nos antoje, porque de seguro no nos ha de chamuscar ni el pelo de la ropa, y viviremos en la más dulce de las anarquías.

No sé por qué me figuro que la firmeza de las ideas de Pereda, bien analizada, resultaría más afecta al orden religioso que al político, y no sé, no sé... pero casi podría afirmar que gran parte de aquella intolerancia mordaz, de aquella flagelante y desapiadada inquina contra ciertas instituciones, desaparecería si el espíritu de nuestro autor no estuviera enviciado y como engolosinado en la observación de los infinitos tipos de ridiculez que sabe ver y calificar como nadie; tipos que él atribuye, con ingeniosa parcialidad, al sistema político dominante en todo el mundo, y que en realidad aparecen contenidos en él por lo mismo que el tal sistema abarca la porción más grande de la sociedad... Eso sí, hombre que tenga en grado más alto la facultad de ver lo cómico y todos los grados de la ridiculez de sus semejantes, no creo que exista ni aun que haya existido. Posee perspicacia genial, vista milagrosa y olfato sutil que le permiten penetrar hasta donde no puede hacerlo la grosera observación de la mayoría. Y luego que descubre la pobre víctima, allí donde

menos se pensaba, la coge en la poderosa zarpa, juega con ella cruel, la destroza, la arroja al fin hecha pedazos. Ejemplos de esta sátira implacable se hallan en sus celebrados libros *Los hombres de pró* y *Don Gonzalo*, novelas de costumbres políticas, en que la energía de la pintura llega hasta lo sublime, y el espíritu de secta hasta la ferocidad; obras en que el autor ha puesto toda la irritación de su temperamento y todo el vigor de sus ideales extremados. Y no es fácil ni lógico juzgar estos acabados modelos de novela política con un criterio inspirado en ideas de prudencia, que al fin encerraría la inspiración del artista dentro de límites mezquinos. Creo que las obras citadas no pueden ser de otra manera que como son. Así salieron, cruelmente sarcásticas y guerreras, de la mente de su autor, y con el ambiente de la imparcialidad perderían todo su vigor y encanto. Por lo demás, la intolerancia que tanto avalora y vigoriza el potente ingenio de Pereda suele desarmarse en el seno de la amistad, en esos coloquios sostenidos con algún huéped de Polanco á lo largo de un prado ó por los ángulos y curvas de sombría calleja, allí donde parece no pueden llegar los ecos de la batalla empeñada por ésta ó la otra idea, de esas que al fin y á la postre, implantadas ó no, modifican poco las partes positivas de nuestra existencia. Fácil es en estos coloquios, en que el espíritu parece más expresivo que la palabra, sorprender en el buen campeón algo de cansancio

por tantas y tan crueles batallas como ha reñido en el terreno más escabroso de todos, que es el de las letras. Y sin esfuerzo de conjeturas, sino por la lógica misma de las cosas, se viene á comprender que teniendo Pereda su familia, sus libros y sus amigos, se le importa un higa de lo demás.

Ignoro la edad de mi amigo, y me falta con esto el primer dato para su biografía. Para su retrato me faltan colores. Sólo puedo decir que es hombre moreno y avellanado, de regular estatura, con bigote y perilla, de un carácter demasiadamente español y cervantesco. Posee un retrato suyo, buena pintura y gentil cabeza, con valona y ropilla, al cual es necesario dar el tratamiento de *usarcé*. Tratándose de temperamentos nerviosos, hay que postergarlos á todos para dar diploma de honor al de mi amigo, á quien frecuentemente es preciso reprender como á los niños, para que se le quiten de la cabeza mil aprensiones y manías. Hay quien le dice que todas estas *ruineras* son pretexto de la pereza, y se le receta para curarse una medicina altamente provechosa para el médico, es decir, que se tome medio millar de cuartillas y que nos haga una novela. Recuerdo una temporada en que dió en la flor de que se iba á caer en medio de la calle, y salía con precauciones mil y temores muy graciosos. Sus amigos le recetaban que se pusiese al telar. No quería ni á empujones hacerlo; pero tanto se bregó con él, que el feliz término de todo aquel desconcierto nervioso

fué la encantadora novela *De tal palo tal astilla*.

Para concluir. Es Pereda un hombre harto de bienestar, privilegiado sujeto en quien concurren dones altísimos como su poderoso ingenio, que le hace figura de primera magnitud en las letras españolas, su bondad y nobles prendas, y todo lo demás que ensancha y florea el camino de la vida. Por tener tan variados tesoros y ninguna pena, suele preocuparse de pequeñeces, y las contrariedades del tamaño de piedrecillas se le agrandan como montaña que obstruye el paso. Cualquier contratiempo en la impresión de sus libros, la tardanza de un editor ó, *pinto el caso*, la falta de cumplimiento del compromiso de un amigo, le hacen cavilar, y ponen en apretadísima torsión todo el cordaje de la incansable máquina de sus nervios.

Por eso, si el no haber escrito estas líneas antes de ahora es causa de que tú, desesperado lector, no hayas podido gustar antes este libro campesino y esencialmente montañés, *El sabor de la tierruca*, flor la más pura quizás del ingenio de Pereda, á ti antes que á él pido perdón, aunque ambos hayan rabiado igualmente por culpa mía. Y no siento yo la tardanza, sino que no haya acertado á decir todo lo que sé sobre el originalísimo escritor y maestro incomparable que ha trazado á la novela española el seguro camino de la observación natural. Su influencia en nuestra literatura es de las más grandes que han existido, y la señalarán en toda

su extensión el tiempo y la venidera infalible justicia de las categorías literarias. Muchos le deben todo lo que son, y algunos más de lo que parece. Si este escrito pudiera ser largo, algo más diría yo que la brevedad me obliga á dejar de la mano; cosas que tal vez no sean necesarias por ser sabidas de todo el mundo, pero que yo quisiera indicar, porque sin indicarlas no quedo satisfecho. Y es que hablando de Pereda y subiéndole hasta donde alcanzan mis fuerzas de sectario apologista, siempre me parece que no le enaltezco bastante, y quisiera volver á emprender de nuevo la tarea hasta ponerlo más alto, más alto y donde debe estar.

Benito Perez Galdós

Madrid, Abril de 1882.





## CAPITULO XXXI

### CRÍTICA

**Juicio de Menéndez y Pelayo acerca de las obras de Galdós.**

Pero hay entre estas novelas de Galdós una que para nada necesita del apoyo de las demás, sino que se levanta sobre todas ellas cual majestuosa encina entre árboles menores; y puede campear íntegra y sola, porque en ninguna ha resuelto con tan magistral pericia el arduo problema de convertir la vulgaridad de la vida en materia estética, *aderezándola y sazonándola* (como él dice) *con olorosas especias*, lo cual inicia ya un cambio en sus predilecciones y manera. Tal es *Fortunata y Jacinta*, libro excesivamente largo, pero en el cual la vida es tan densa; tan profunda á veces la observación moral; tan inge-

niosa y amena la psicología, ó como quiera llamarse aquel entrar y salir por los subterráneos del alma; tan interesante la acción principal en medio de su sencillez; tan pintoresco y curioso el detalle, y tan amplio el escenario, donde caben holgadamente todas las transformaciones morales y materiales de Madrid desde 1868 á 1875, las vicisitudes del comercio al por menor y las peripecias de la revolución de Septiembre. Es un libro que da la ilusión de la vida: tan completamente estudiados están los personajes y el medio ambiente. Todo es vulgar en aquella fábula, menos el sentimiento; y, sin embargo, hay algo de épico en el conjunto, por gracia, en parte, de la manera franca y valiente del narrador, pero todavía más de su peregrina aptitud para sorprender el íntimo sentido é interpretar las ocultas relaciones de las cosas, levantándolas de este modo á una región más poética y luminosa· Por la realización natural, viviente, sincera; por el calor de humanidad que hay en ella; por la riqueza del material artístico allí acumulado, *Fortunata y Jacinta* es uno de los grandes esfuerzos del ingenio español en nuestros días, y los defectos que se la pueden notar, y que se reducen á uno sólo, el de no presentar la realidad bastante depurada de escorias, no son tales que puedan contrapesar el brío de la ejecución, con que prácticamente se demuestra que el ideal puede surgir del más humilde objeto de la naturaleza y de la vida, pues, como dice un

gran maestro de estas cosas, no hay ninguno que no presente una faz estética, aunque sea eventual y fugitiva.

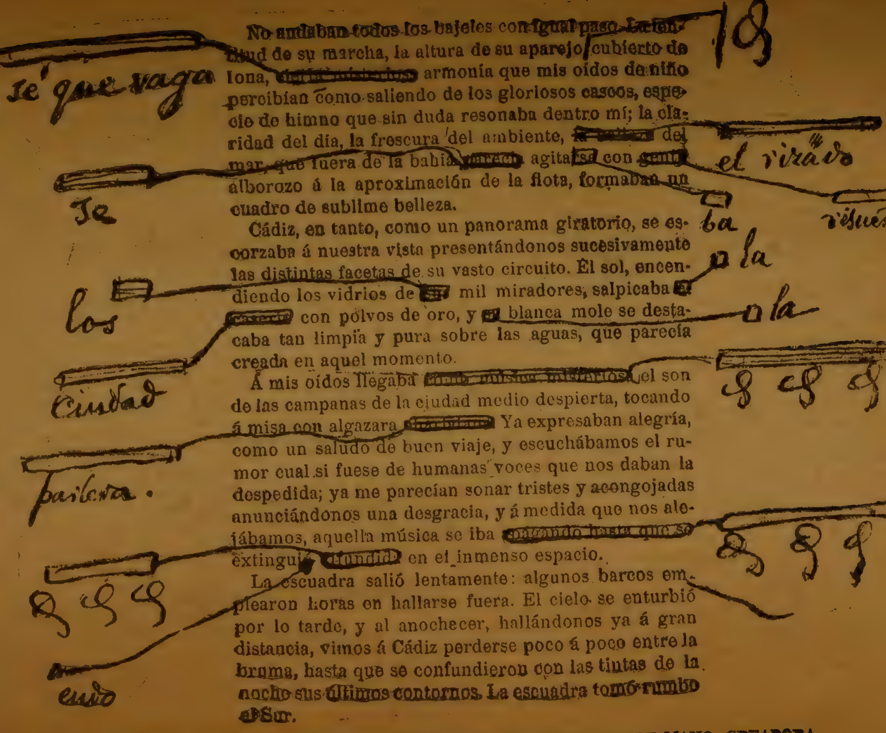
Si alguna de las posteriores fábulas de nuestro autor pudiera rivalizar con ésta, sería, sin duda, *Angel Guerra*, principio de una evolución cuyo término no hemos visto aún, pero de la cual debemos felicitarnos desde ahora, porque en ella Galdós, no sólo vuelve á la *novela novelesca* en el mejor sentido de esta fórmula, sino que demuestra condiciones no advertidas en él hasta entonces, como el sentido de la poesía arqueológica de las viejas ciudades castellanas; y entra además, no diré que con paso enteramente firme, pero sí con notable elevación de pensamiento, en un mundo de ideas espirituales y aun místicas, que es muy diverso del mundo en que la acción de *Gloria* se desenvuelve. Algo ha podido influir en esta nueva dirección del talento de Galdós el ejemplo del gran novelista ruso Tolstoi; pero mucho más ha de atribuirse este cambio á la depuración progresiva, aunque lenta, de su propio pensamiento religioso, no educado, ciertamente, en una disciplina muy austera, ni muy avezado, por sus hábitos de observación concreta, á contemplar las cosas *sub specie æternitatis*, pero muy distante siempre de ese ateísmo práctico, plaga de nuestra sociedad aun en muchos que alardean de creyentes; de ese mero pensar relativo, con el cual se vive continuamente fuera de Dios, aunque se le

confiese con los labios y se profane para fines mundanos la invocación de su santo nombre.

.....................................................................

Ha estudiado más en los libros vivos que en las bibliotecas; pero dentro del círculo de su observación, todo lo ve, todo lo escudriña, todo lo sabe: el más trivial detalle de artes y oficios, lo mismo que el más recóndito pliegue de la conciencia. Sin aparato científico, ha pensado por cuenta propia sobre las más arduas materias en que puede ejercitarse la especulación humana. Sin ser historiador de profesión, ha reunido el más copioso archivo de documentos sobre la vida moral de España en el siglo XIX. Quien intente caracterizar su talento, notará desde luego que, sin dejar de ser castizo en el fondo, se educó por una parte bajo la influencia anatómica y fisiológica del arte de Balzac; y por otra en el estudio de los novelistas ingleses, especialmente de Dickens, á quienes se parece en la mezcla de lo plástico y lo soñado, en la riqueza de los detalles mirados como con microscopio, en la atención que concede á lo pequeño y á lo humilde, en la poesía de los niños y en el arte de hacerlos sentir y hablar; y finalmente, en la pintura de los estados excepcionales de conciencia, locos, sonámbulos, místicos, iluminados y fanáticos de todo género, como el maestro Sarmiento, Carlos Garrote, Maximiliano Rubín y Angel Guerra. Diríase que estas cavernas del alma atraen á Galdós, cuyo singular ta-

lento parece formado por una mezcla de observación menuda y reflexiva y de imaginación ardiente, con vislumbres de iluminismo, y á veces con ráfagas de teosofía. Se le ha tachado unas veces de frío; otras de hiperbólico en las escenas de pasión. Para nosotros, esa frialdad aparente disimula una pasión reconcentrada que el arte no deja salir á la superficie: *parcentis viribus et extenuantis eas consulto*, como decían los antiguos. En su modo de ver y de còncebir el mundo, Galdós es poeta, pero le falta algo de la llama lírica. En cambio, pocos novelistas de Europa le igualan en lo transcendental de las concepciones, ninguno le supera en riqueza de inventiva. Su vena es tan caudalosa, que no puede menos de correr turbia á veces; pero con los desperdicios de ese caudal hay para fertilizar muchas tierras estériles. Si Balzac, en vez de levantar el monumento de la *Comedia humana*, con todo lo que en él hay de endeble, tosco y monstruoso, se hubiera reducido á escribir un par de novelas por el estilo de *Eugenia Grandet*, sería ciertamente un novelista muy estimable; pero no sería el genial, opulento y desbordado Balzac que conocemos. Galdós, que tanto se le parece, no valdría más si fuese menos fecundo, porque su fecundidad es signo de fuerza creadora, y sólo por la fuerza se triunfa en literatura como en todas partes.




No andaban todos los bajeles con igual paso. La lentitud de su marcha, la altura de su aparejo, cubierto de lona, [illegible] armonía que mis oídos de niño percibían como saliendo de los gloriosos cascos, especie de himno que sin duda resonaba dentro mí; la claridad del día, la frescura del ambiente, [illegible] del mar, que fuera de la bahía [illegible] agitarse con [illegible] alborozo á la aproximación de la flota, formaban un cuadro de sublime belleza.

Cádiz, en tanto, como un panorama giratorio, se escorzaba á nuestra vista presentándonos sucesivamente las distintas facetas de su vasto circuito. El sol, encendiendo los vidrios de [illegible] mil miradores, salpicaba [illegible] [illegible] con polvos de oro, y [illegible] blanca mole se destacaba tan limpia y pura sobre las aguas, que parecía creada en aquel momento.

Á mis oídos llegaba [illegible] el son de las campanas de la ciudad medio despierta, tocando á misa con algazara [illegible] Ya expresaban alegría, como un saludo de buen viaje, y escuchábamos el rumor cual si fuese de humanas voces que nos daban la despedida; ya me parecían sonar tristes y acongojadas anunciándonos una desgracia, y á medida que nos alejábamos, aquella música se iba [illegible] extingui[illegible] [illegible] en el inmenso espacio.

La escuadra salió lentamente: algunos barcos emplearon horas en hallarse fuera. El cielo se enturbió por lo tarde, y al anochecer, hallándonos ya á gran distancia, vimos á Cádiz perderse poco á poco entre la bruma, hasta que se confundieron con las tintas de la noche sus últimos contornos. La escuadra tomó rumbo al Sur.

UNA PRUEBA DE TRAFALGAR CORREGIDA POR LA INFATIGABLE MANO CREADORA



## CAPITULO XXXII

---

### DESPEDIDA

**Gratitud para Galdós.**

La última página de este libro queremos que la dicte nuestra gratitud. Gratitud inmensa para D. Benito Pérez Galdós, que acogió con cariño el propósito que le expusimos de escribir este volumen y nos ayudó en la empresa con la eficacia que la índole de nuestra labor requería.

Nada hay en este libro que sea producto de la fantasía. Lejos de haber encontrado en ella un auxiliar, hubiera desvirtuado el único mérito que estas páginas tienen, el de la exactitud más completa.

De labios del gran maestro recogimos cuantos

datos é impresiones hemos reflejado, y su voz palpita en todas las páginas, sincera y franca. Nada significaría este modesto trabajo biográfico, si no fuera eco fiel de cuanto el insigne novelista nos dijo, y cómo en lograr esa referencia tan autorizada y directa, consistió la dificultad de la labor que nos proponíamos, y D. Benito la allanó desde el primer instante colaborando en ella con exquisita bondad, nuestra gratitud para el escritor glorioso no puede tener límites.

Galdós dictó este libro y Galdós le dió interés y vida depositando en sus capítulos el recuerdo de todas las palpitaciones de su existencia.

Y para que al público llegue tal y como fué formándose en las repetidas entrevistas con el gran escritor, lo hemos confeccionado ligero, escueto, que lo que le falta de adorno y retórica lo gana en exactitud y sencillez.

Ya dijimos en las primeras líneas que aspiramos sólo, con este libro, á que los hombres de hoy lo miren con simpatía y los de mañana con amor.

FIN

## ÍNDICE

Pags.

Pags.

# OBRAS

DE

# LUIS ANTÓN DEL OLMET

---

| | Pesetas. |
|---|---|
| *El libro de la vida bohemia* | 3,50 |
| *Lo que han visto mis ojos* | 3,50 |
| *El encanto de sus manos* | 2,00 |
| *Hieles* | 3,00 |
| *El veneno de la víbora* | 3,00 |
| *Mi risa* | 3,50 |
| *Su Señoría* | 3,00 |
| *Como la luna, blanca...* | 1,00 |
| *Corazón de leona* | 3,00 |

## EN PRENSA

*El Hidalgo Don Tirso de Guimaraes.*

*Los blasones del hampa.*

